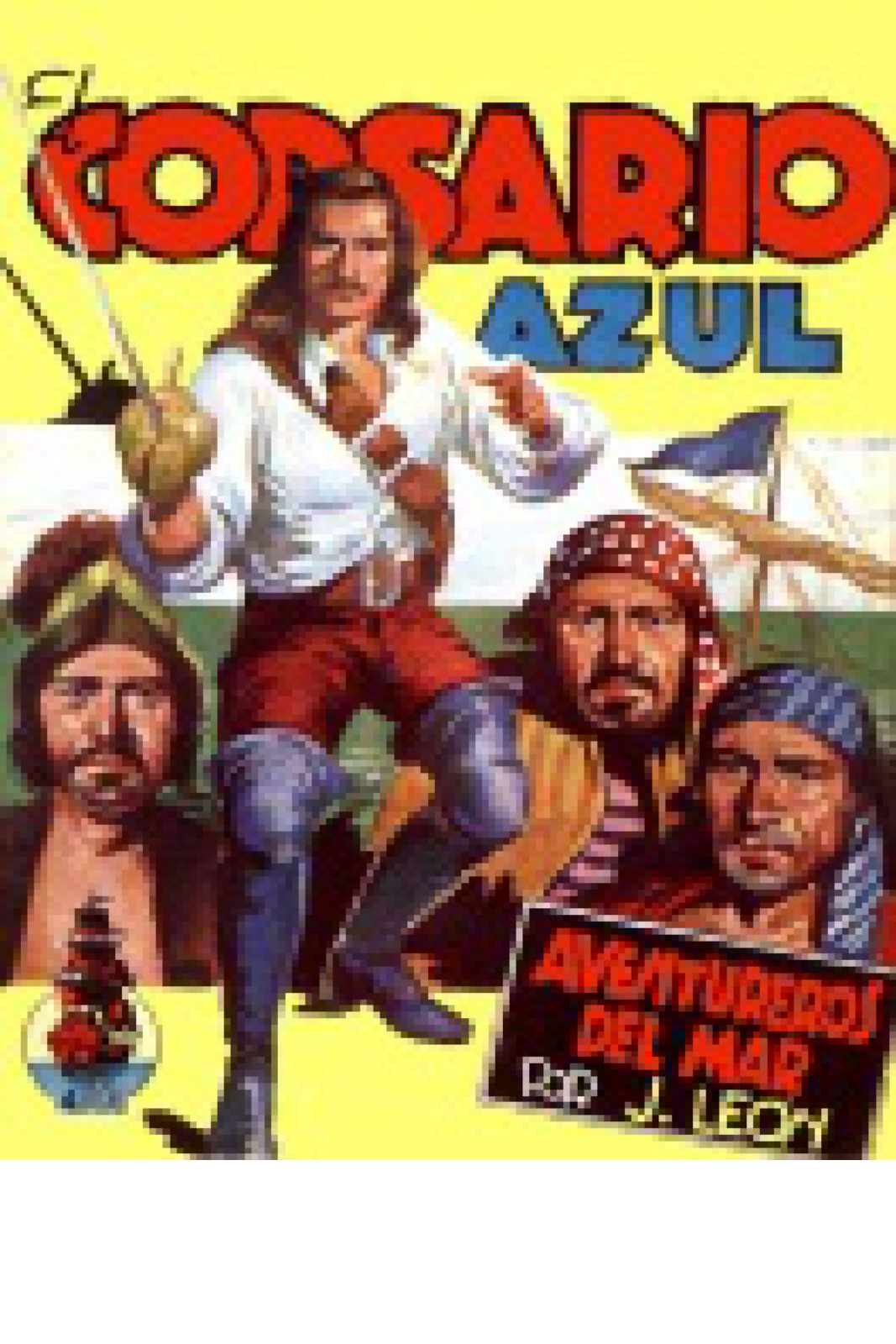




CORSARIO AZUL

AVENTUREROS
DEL MAR
Pop J. LECH

Table of Contents

Aventureros del mar

Presentación
CAPITULO PRIMERO
CAPITULO II
CAPÍTULO III
CAPITULO IV
CAPITULO V
CAPITULO VI
CAPITULO VII
CAPITULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPITULO X
CAPITULO XI
CAPITULO XII
CAPITULO XIII
CAPITULO XIV

Créditos

Notas a pie de página

A punto de finalizar las aventuras de Carlos Lezama , el Pirata Negro, de la editora Bruguera, las Ediciones Cliper comienzan a publicar otra serie de piratas. Se trata de las andanzas, por los mares del Caribe del siglo XVII, cuando en el imperio español no se ponía el sol, de un Grande de España, caballero de Santiago, Don Diego de Villegas, Marqués de Castro, apodado el Corsario Azul, debido a que sobre su austera indumentaria de la orden, llevaba una capa azul y se tocaba con chambergo de vistosa pluma azul.

Este veterano de las gestas de Flandes, Italia y el Mediterráneo, era capitán de 'El Antillano', un enorme galeón de cuarenta cañones, con el que intentaba limpiar las rutas comerciales de bucaneros y proscritos y se acompañaba de una tripulación de lujo.

Juan Pérez de Lerma, salmantino, alférez de alabarderos; un gigantón vasco, Martín de Ochando, piloto del Antillano; el contraestre andaluz, Vicente de Azogue; el sargento alemán de arcabuceros, Gustavus Leyden; el siciliano Luigi Matholi, a cargo de los artilleros y el catalán Pedro Fajeda, como hombre de confianza del Corsario Azul.

La serie no paso de los doce números y tuvo una secuela, la publicación de varias historias gráficas del personaje, en las páginas de la revista El Coyote.

Fue publicada en el formato de 14,5X19 cm., el llamado "formato intermedio", pues era más pequeño que el habitual de la novela popular, pero más grande que el que vino después, la llamada "novela de a duro"

Aventureros del mar

El **CORSARIO** **AZUL**

R.D. J. LEÓN



AVENTUREROS DEL MAR

Ediciones  Cliper

Primera edición: Marzo 1949

NOTA: Los nombres de los personajes y las situaciones en que se suceden los relatos publicados en esta colección, son únicamente fruto de la imaginación de sus autores, por lo cual nadie puede darse por aludido en el caso de una posible coincidencia.

Es propiedad de EDICIONES CLÍPER
PONSA, impresor —Iradier, 5A— Barcelona

Presentación

Iniciamos aquí una nueva serie que, a nuestro juicio, viene a llenar un vacío en las novelas de aventuras. Él descubrimiento y la conquista de América.

Con las colecciones Hombres del Oeste y Pueblos del Oeste hemos pretendido dar una idea de lo que fué la epopeya gracias a la que nacieron los Estados Unidos, la conquista de las llanuras. Hemos presentado a nuestros lectores la historia novelada de los hombres que más contribuyeron en la lucha por convertir en nuevos estados los territorios más salvajes, la vida de los proscritos más notables, por su ferocidad o su heroísmo desinteresado y la de los jefes indios más famosos. En Pueblos del Oeste se relatan los acontecimientos más importantes que tuvieron por eje a las poblaciones de renombre, como El Paso, Santa Fe, Sacramento o Dodge City, en distintas épocas del Oeste salvaje. Hemos pretendido así dar una idea de cómo la frontera fué siguiendo el curso del sol, de Este a Oeste, como ha hecho siempre la civilización a través de la Historia.

Pero este estudio era incompleto. Para comprender bien el desarrollo de las naciones americanas hacía falta, como apuntábamos al principio, la historia del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo.

Para cruzar los mares desconocidos, sin derroteros ni faros, y para explorar las costas del continente ignorado hacía falta una fuerza motriz que pusiera en marcha la máquina de la conquista. Esta fuerza fué España, que disparó por todos los ámbitos del mundo desconocido sus cuadrillas de aventureros que, a golpes de tizona, fueron abriendo los surcos de la civilización hasta formar un bloque compacto que abarcaba desde California hasta la Tierra de Fuego.

En esta nueva serie presentamos al lector el Imperio Español tal como era en el siglo XVII. Todos los hombres esforzados del país se encontraban en los tercios de España y de Flandes y en las Indias, como llamaban a América.

Las riquezas que los virreinos enviaban a la península despertaron la codicia de muchas naciones, en especial Francia, Inglaterra y Holanda. Pero Inglaterra poseía tan sólo algunos establecimientos en Virginia y Nueva Inglaterra, y Francia en el Canadá y en Luisiana. Todo lo demás lo defendían los aventureros de su Católica Majestad.

Entonces estas naciones recurrieron a un proyecto ruin para quebrantar el poderío español. Dieron su apoyo a los piratas y cazadores furtivos de las islas del Caribe, formando la sociedad

“Hermandad de la Costa», los cuales se comprometían a no molestar a los buques de dicho países y, en cambio, atacarían las ciudades y las naves españolas.

Sobre las aguas del mar azul se entabló la más terrible lucha entre los forajidos a quienes tan solo movía el oro y los defensores de la civilización y la cristiandad que España implantaba en sus virreinos, Y esto sucedía también en el Pacífico, desde América a las Filipinas, y a lo largo del Mediterráneo.

De como España se defendió, fracasando la conspiración que hubiera convertido el Nuevo Mundo en tierra de saqueos; de cómo las naves del rey persiguieron a las flotas piratas; de cómo los corsarios españoles dieron la réplica a los filibusteros, daremos la historia detallada, aunque en forma de novela. Asimismo relataremos la conquista y la lucha contra indios y blancos que sostuvieron los españoles en el Amazonas y en el Sudoeste americano.

En los personajes centrales de esta nueva colección se ha pretendido dar una imagen de los hombres que mantuvieron en, la tierra y en el mar el estandarte de la cristiandad y de la civilización. Diego de Villegas es un compendio de las virtudes que animaron a Bizarro, a Ojeda, a Hernán Cortés y a Ponce de León. En Juan Pérez de Lerma se representan a todos los hidalgos que trocaron la toga de estudiante por la tizona y, en ocasiones sin gloria ni provecho, defendieron a su país y a su rey. Martín Ohando es el hombre de ciencia que supo ser soldado, pues en aquella época se reunían en el marino el cartógrafo y el astrónomo, y Pedro Fajeda simboliza al hombre de armas que no aspiró a más recompensa que luchar.

En la novela «Aventureros del Mar» iniciamos esta nueva serie, que no dudamos alcanzará el éxito que nuestro esfuerzo le desea.



F. Soler 19

AVENTUREROS del MAR

CAPITULO PRIMERO

SANTO DOMINGO EN EL SIGLO XVII

El sol brillaba cual disco de fuego en el cielo tan azul que hería la vista. Su luz blanca se desparramaba sobre la ciudad arrancando cegadores destellos de las enjalbegadas paredes de los edificios.

Un vaho de calor pesaba por encima de la blanca población que se alzaba sobre el mar, cuyas aguas, adormiladas por el tórrido clima, centelleaban cual si las estrellas que parpadeaban por las noches en el firmamento tropical se refugiaban durante el día en la superficie azul del Caribe.

En la playa sembrada de cocoteros rompían perezosa-mente las olas arrastrando su burbujeante espuma por la arena.

Las callejuelas mal empedradas y las plazuelas llenas de flores a las que daban sombra unas palmeras de espléndido ramaje se veían sin embargo repletas de transeúntes.

Las innumerables botillerías y figones que se encontraban al paso se veían llenas de parroquianos que charlaban en voz alta y reían constantemente.

Por encima de los demás edificios se alzaba el magnífico palacio del Almirante que más de un siglo atrás mandó edificar Colón el viejo al descubrir la isla. Lentamente, alrededor de esta mansión habían ido surgiendo los edificios que convirtieron la aldea en una ciudad. Fueron naciendo el Cabildo, la Audiencia, la primera del continente americano, la catedral y el arzobispado. Junto al mar, guardando la entrada del puerto, se destacaba la mole de una fortaleza que lucía las bocas de sus cañones hacia el mar y ostentaba en la almena más alta la bandera de España, que los vientos de la Española¹, fueron, de toda América, los primeros en saludar.

Aquella isla, que brotaba de las aguas transparentes del Caribe, era una parte del inmenso y poderoso imperio español que desde Madrid extendía sus dos brazos alrededor del mundo, uniéndolos nuevamente en el continente americano.

El cielo azul que brillaba sobre la isla era una parte del firmamento hispano que abarcaba todo el globo y cuyo sol, con todos los matices de todas las tierras, no se apagaba jamás.

Atacados por la envidia de los soberanos más poderosos de la tierra, España mantenía su fuerza, enviando sus naves a todos los rincones del mundo donde la audacia de sus marineros y de sus soldados habían plantado su bandera y la cruz del Redentor. Los buques volvían cargados de riquezas que convertían el país en el más

poderoso de Europa. Todos envidiaban el esplendor de la corte de Madrid, donde las damas y los caballeros lucían su gracia e ingenio, donde los teólogos y los juristas asombraban al mundo con sus obras y donde los mejores poetas de su tiempo escribían página tras página de inmortales creaciones.

Pero para que esta riqueza y este esplendor hubieran podido lograrse fué necesario que los más locos de todos, los que no tenían nada que perder más que unas vidas sin norte ni rumbo, aquellos que sentían sed de amplios horizontes y de glorias guerreras, se embarcasen hacia los confines del globo, donde, sin más bagaje que sus afiladas espadas, su indomable orgullo y la fiebre de lucha que les encendía los ojos fundaron ciudades y naciones que mientras existan cantarán la gloria de la sangre aventurera.

Pero en la península se encontraban aún jóvenes de cabeza ardiente para quienes el fragor de la batalla era la música más hermosa del mundo y para los que no existían límites a su audacia. Con estos jóvenes, a los que los honrados mercaderes calificaban de locos y de holgazanes, se nutrían los tercios de Italia y de Flandes, y las naves de guerra. Los buques transportaban a América hornadas de aventureros que buscaban la lucha y el esfuerzo, como si la paz y la tranquilidad fuera un veneno para sus almas.

En el Mediterráneo, unas naves corsarias mantenían en jaque a los turcos y a los franceses que en aquellas aguas atacaban al comercio español. Eran los feroces «levantes», marinos audaces que sin pertenecer a la flota de España hacían que sus enemigos —probaran el sabor de sus espadas y de su metralla.

En aguas del Caribe, el mar que reunía a todo el comercio con el Nuevo Mundo, las Antillas se convirtieron en bullientes enemigos. Desde Nueva España y el Perú los galeones cargados de oro cruzaban hacia la península y Francia, Inglaterra y Holanda, adversarios de nuestro país, al no poder vencer a la marina íbera, dieron su protección a los bucaneros, que bajo la bandera negra de la calavera saqueaban y asesinaban por todas partes.

Las fechorías de los piratas llenaban de horror incluso a los guerreros más experimentados, pero ni por un instante se detuvo el comercio hispano. Firmes en su puesto, desafiando los peligros, las naves españolas continuaron su ruta acostumbrada.

Pero no se limitaban los bucaneros a saquear naves; con frecuencia habían desembarcado, atacando alguna ciudad, que pasaron a cuchillo.

Por esta razón los habitantes de las Antillas vivían y dormían con la mano en la espada o en el mosquete. De todas las islas, la Española, primera en los descubrimientos, era la que en peor estado se encontraba. Cuba y Puerto Rico adquirieron muy pronto un próspero

floreCIMIENTO, pero los descubrimientos en Tierra Firme hicieron que la Española fuera olvidada casi por completo. Existían muy pocas ciudades, y tan sólo Santo Domingo, la capital, tenía cierta importancia. El interior se veía poblado por labradores que se batían con los indios, y por cazadores de pieles, tan salvajes como los indígenas, que vivían en chozas, formando poblados en los que era peligroso entrar. Muchos fugitivos de la justicia buscaban refugio entre ellos y si la ofensa no había sido muy grave los alguaciles preferían olvidar al criminal, ya que bastante pagaría sus culpas viviendo en aquellas selvas, sin más medios que los que él se proporcionase. Además, la lucha constante de los cazadores con los indios y con los elementos evitaba al gobierno enviar tropas con las que doblegar a los salvajes.

Santo Domingo era una de las poblaciones más interesantes del Caribe. Su aspecto exterior casi no se distinguía de La Habana, de San Juan de Puerto Rico o de Santiago de Cuba. Calles formadas por blancos edificios de poca altura, con ventanas protegidas por rejas de complicada labor, plazoletas sombreadas por palmeras y una muralla sobre él mar.

La fortaleza que protegía la entrada del puerto albergaba a la guarnición de arcabuceros de que disponía el gobernador.

En la Plaza del Almirante se alzaba el palacio que edificó Bartolomé Colón, hermano del descubridor de la isla. Delante de la catedral se encontraba otra plaza en la que solían pasear los aristócratas, y la gente importante de la ciudad. Se veía a lindas damitas, sentadas en carrozas descubiertas, o montadas a caballo que paseaban escoltadas por jóvenes de ricas ropas. Los cubanos que visitaban Santo Domingo se sentían orgullosos del adelanto material de su isla, en la que gozaban, de la misma normalidad que en Europa.

Se veían por la calle los arcabuceros con sus chambergos emplumados, sus largas tizonas y sus negros mostachos, que dirigían ardientes miradas a las mujeres. Los cazadores de pieles, con sus anchos sombreros de paja, sus camisas abiertas y sus vizcaínos² al hombro, a los marineros con la cabeza envuelta en rojos pañolones y calzones amplios. Muchos de ellos lucían aretes en las orejas y otros enseñaban los tatuajes de sus brazos desnudos. Todos ostentaban un cuchillo en los amplios cinturones de cuero.

Negras y mestizas de faldas multicolores recorrían la ciudad, ondulando las caderas, con una cesta en la cabeza, al tiempo que gritaban:

—¡Papaya fresca! ¡Papaya fresca!

Hidalgos enjutos, de ojos febriles y ademanes nerviosos, paseaban su penuria por las calles en espera de una ocasión para hacer fortuna.

Indios semidesnudos presenciaban inmóviles el ajeteo de la

ciudad.

Junto a la catedral se encontraba el mercado, que se celebraba una vez por semana. Se alzaban en plena calle infinidad de tenderetes donde los campesinos bronceados por el sol y las campesinas hurañas despachaban los productos de sus alquerías. Las sirvientas y los cocineros recorrían el mercado buscando lo que más les convenía y los vendedores les llamaban a gritos asegurando que sus mercancías eran las mejores, de todas. Otras, voceaban sin cesar, proclamando las excelencias de su puesto. Siempre se veían por el mercado soldados ociosos que galanteaban a las sirvientas, y pilletes que robaban frutas en cuanto se descuidaba el comerciante.

Los cazadores acudían también al mercado exhibiendo, las piezas que habían cobrado en la selva.

En aquellos días los mesones y las hosterías cercanas a la catedral se veían atestadas de clientes que se saludaban a gritos. También se vendían caballos y útiles de labranza, así como armas y ropa.

Los barberos, que a la vez ejercían la función de curanderos, no descansaban ni un instante, sangrando a campesinos abotargados por el calor.

En el barrio del puerto, las tabernas y los mesones, así como las calles, adquirirían un aspecto muy distinto. Nunca dejaba de oírse una vihuela que vertía sobre la abigarrada multitud sus notas melancólicas y a la vez bravías. A la puerta de las hosterías solían sentarse hidalgos de fiero mirar que no poseían más fortuna que sus espadas y sin embargo se hallaban dispuestos a batirse con todo el que asegurase que no podían comprar la isla de Cuba. Eran segundones de familias ricas, malas cabezas y soldados de Italia o Flandes que buscaban en el Nuevo Mundo gloria, oro y guerra.

Marineros bronceados, con el machete al cinto, que chillaban y reían y pescadores pendencieros escandalizaban a todas horas, galanteando a, las mozas de los mesones a quienes no asustaban aquellos aventureros feroces y alegres.

En las afueras, de Santo Domingo, junto a la playa, se alzaba un barrio de bohíos³ donde vivían los indeseables y los pescadores.

De improviso, un cañonazo avisó desde la fortaleza que un buque se acercaba al puerto. Por un momento los habitantes de la ciudad temblaron ante la posibilidad de que se tratara de un navío corsario. En el barrio marítimo, los aventureros acariciaban las empuñaduras de sus armas, sonriendo ante la perspectiva de un combate.

En el resto de la ciudad recordaban, los relatos de crueldades cometidos por los bucaneros.

Al fin se extendió la noticia de que se trataba de una nave española y un nombre comenzó a correr de boca en boca:

—¡Es «El Antillano»!

Como, si este nombre fuera un conjuro, el barrio del muelle se movilizó, al instante dirigiéndose hacia el puerto, para ver entrar a un galeón, en cuya popa ondeaba al viento, como un desafío, la bandera de España.

En cubierta los, marineros ejecutaban, las maniobras para atracar. Lentamente el buque se fué acercando al muelle.

La multitud saludaba con entusiasmo al galeón. Un griterío ensordecedor se alzaba sobre el puerto. Las gargantas quemadas por los vientos del océano ovacionaban a «El Antillano». Se agitaban en el aire los sombreros empenachados de los hidalgos y de los soldados. Un mar de manos endurecidas por las faenas de a bordo dirigían amistosos saludos a los tripulantes del galeón. Los mozos de mesón reunidos en el puerto sonreían alegremente a los hombres que llegaban en el navío.

Al fin el buque atracó en el puerto. Desde la cubierta, los semblantes sonrientes de los tripulantes contemplaban con alegría a la ciudad de Santo Domingo.

En el puente de mando se destacaba una alta y atlética figura vestida de negro.

Cuando tendieron la pasarela, subió al buque un oficial del ejército, que se encaminó al encuentro del hombre de las ropas oscuras. Tras una breve charla se acercaron los dos por la pasarela.

La multitud prorrumpió en vivas.

—¡El señor capitán Villegas! ¡El señor capitán Villegas!

La alta figura descendió a tierra en compañía del oficial. Los curiosos agrupados en el puerto comenzaron a ovacionarle. Un hidalgo se acercó a él.

—Cuando vuesa merced necesite un hombre de temple ya sabe que le seguiré hasta el infierno.

Un marinero le saludó respetuosamente al tiempo que decía:

—Mi señor don Diego, ¿no tiene plaza para este navegante?



Martín Ohando

Don Diego de Villegas, capitán de «El Antillano», negó con la cabeza y continuó su marcha, a través de la multitud que le abría paso respetuosamente. Era el marino un hombre joven y alto, de esbelta musculatura. Sus anchos hombros y las estrechas caderas indicaban en aquel sonriente aventurero una fuerza poco común.

Calzaba altas botas de fino cordobán que le llegaban hasta medio muslo. Vestía pantalones de paño negro, y una blanca camisa de cuello abierto. De su amplio cinturón de cuero pendían dos pistolas de arzón con montura de plata. Le cruzaba el pecho un tahalí de buen cordobán recamado de perlas y bordado en plata del que pendía una larga tizona. Enfundaba sus manos en negros guantes de manopla. Ladeado sobre la ceja, lucía un amplio chambergo adornado con plumas verdes y sobre las espaldas una capa azul.

Enmarcado por su morena cabellera, que le caía hasta los hombros, resultaba su semblante de rasgos enérgicos y agradables, curtido por los soles y los vientos de todas las latitudes de la tierra. Sus ojos oscuros poseían una luz inquieta e inteligente. Bajo el negro bigote, centelleaban sus blancos dientes en una eterna sonrisa de audacia.

Se decía del capitán, que jamás había sido vencido con la espada en la mano y que, en aquella época de medianos tiradores, sus pistolas

no fallaban nunca.

Rodeando a Villegas se veía a tres hombres. Uno era don Martín Ohando, piloto de «El Antillano». Se trataba de un vasco gigantesco y hercúleo, capaz de doblar una herradura con las manos. Iba completamente afeitado y sobre la piel tostada destacaban sus ojos azules de alegre mirar. Por debajo del sombrero con plumas rojas caían sus cabellos rubios. Vestía un coselete de ante, camisa blanca y pantalones de terciopelo. Calzaba botas, que llevaba dobladas en la rodilla de modo que la parte superior caía en forma de campaña. De su tahalí pendía una tizona de enormes proporciones, pero que el piloto manejaba con increíble rapidez.



Juan Pérez de Lerma

A su lado marchaba un joven esbelto de mediana estatura. Eran tan desenvueltos sus ademanes y tan cuidadas y elegantes sus ropas que cualquiera le hubiera tomado por un barbilindo de la corte, pero aquellos que le conocían bien, especialmente los alguaciles de Santo Domingo a los que tantas veces puso en fuga, sabían que don Juan Pérez de Lerma, oficial de «El Antillano», era un verdadero diablo en la pelea y que bajo su exterior alegre y despreocupado se escondían unos músculos de hierro y un in-domable valor. Vestía con tanto lujo como un marqués. Botas adornadas siempre con espuelas de oro, incluso en alta mar, casaca y pantalones de terciopelo blanco y un

cuello de encajes; Sus guantes de manopla estaban finamente bordados y su el atildado aventurero. El chambergo su tahalí era la envidia de todos los elegantes del Caribe. La larga tizona, en cuya empuña-dura él apoyaba la mano, había arrebatado la, vida a más hombres que años contaba el atildado aventurero. El chambergo blanco sombreaba su semblante tostado de desvergonzada expresión. En la oreja izquierda, según costumbre de los soldados de fortuna, lucía un brillante.

Mientras marchaba sus ojos iban deteniéndose en las mujeres que encontraba a su paso, quienes le sonreían, contemplándole con admiración.

Don Juan Pérez de Lerma era el último hijo de un aristócrata español. Había estudiado en Salamanca, pero pronto abandonó la Universidad, impulsado por su carácter belicoso, para, sentar plaza de soldado. Había rodado mucho hasta llegar a las Antillas. Componía versos que luego cantaba con melodiosa voz, acompañándose con la vihuela.

Durante una batalla se quedó inmóvil contemplando el magnífico espectáculo de la puesta del sol, con lo que se descubrió la guardia y un enemigo le asestó tal golpe que al punto estuvo de morir. Por fortuna, los españoles habían derrotado al adversario y el joven se salvó. En cuanto se hubo curado de las heridas fué al campo enemigo y regresó con la cabeza de su agresor.

El tercero era también de mediana estatura, pero a causa de sus poderosos hombros semejava mucho más bajo.



Pedro Fajeda

Calzaba botas de soldado, que caían en forma de campana. Sus pantalones de paño rojo lucían una franja negra. El jubón de cuero que cubría su pecho hercúleo no tenía mangas, ya que él mismo las había cortado para que no aprisionaran sus movimientos en la lucha, y lucía al aire sus nervudos brazos. El color de su piel, curtida y tostada, semejaba la de un negro, en la que tan sólo brillaban sus blancos dientes. De su cinto pendía una espada de soldado, ancha y larga, un curvado puñal berberisco y dos pistolas de fabricación flamenca. Ostentaba en el brazo izquierdo una muñequera turca de plata, de doce centímetros de altura, con la que había desviado más de un acero enemigo, cuyo propietario pasó a mejor vida. Sus negros y encrespados cabellos se veían recogidos en una redecilla italiana.

Era Pedro Fajeda un catalán que desde hacía años se había convertido en el escudero y el amigo del capitán Villegas.

Fajeda había comenzado su vida como «delat»⁴, luego se hizo «levante»⁵, y más tarde sirvió en los tercios españoles.

Era el catalán fanfarrón y pendenciero, aficionado al vino, al juego y a las mujeres. Adoraba a su jefe y el que en presencia de Pedro se atreviese a juzgar que don Diego no era invencible sentaba plaza de cadáver.

Después descendió la, belicosa y agresiva tripulación de «El Antillano».

Sus ropas chillonas hacían que en cualquier lugar del mundo la atención se fijara en ellos. No vestían como los hombres de mar, sino que en ellos se encontraban reunidas prendas y armas de distintas calidades y uso. Los había que lucían anchos calzones de marinero y un jubón carísimo. Otros se enfundaban las piernas en pantalones y botas de buena calidad y mostraban el torso desnudo o enfundado en una tosca camisa. Algunos lucían chambergos mientras que otros habían adoptado el sombrero de paja de los, caza-dores y bastantes se envolvían la cabeza con un rojo pañuelo.

Sus armas eran también muy diversas: tizonas, espadas de soldado, machetes de mar e incluso alfanjes turcos eran ostentados con el mismo aire altivo. Muchos lucían puñales y pistolas y no faltaban las hachas de abordaje de dos filos. Otros se apoyaban en el hombro arcabuces, picas y alabardas, recuerdo de sus épocas en los ejércitos de línea.

Los individuos de la tripulación eran tan variados como sus atuendos. Españoles que llevaban el sello de su profesión aventurera. Muchos por su piel, curtida se destacaban como hombres de mar, otros, por su aire marcial no podían ser más que soldados.

Se veían aventureros sicilianos y napolitanos, de tez morena y ojos ardientes, flamencos y alemanes gigantescos de pupilas, azules y cabellos rubios; portugueses parlanchines, y sonrientes, berberiscos conversos melancólicos y sentimentales e irlandeses huidos de su país por causa de la persecución religiosa.

Toda, la gama de nacionalidades que se unía bajo el imperio español se hallaba representada en la tripulación de «El Antillano».

Los había de todas edades. Jóvenes casi niños, con las mejillas libres de pelo y los ojos ardientes, hombres curtidos en la, vida, de fiero mirar y erizados bigotes, otros casi viejos, de grises melenas, cubiertos de cicatrices.

Pero todos, desde su capitán hasta el último grumete, se veían marcados por el sello de su raza.

Se advertía en todos el aire de peligro, de despreocupación y de alegría que señala a los aventureros, a aquellos hombres que supieron pasear su bandera por el mundo entero. De ellos dependía el poder de España y el rey que residía en Madrid lo sabía muy bien, por lo que nunca dejaban de ser atendidos en, la corte los hidalgos de orgulloso porte y larga tizona.

Todo Santo Domingo vitoreó a los marineros del capitán Villegas, que regresaban a la ciudad después de largas y peligrosas correrías por el mar, con los bolsillos repletos de oro y el alma ansiosa de placeres, pues «El Antillano» era un buque corsario.

CAPITULO II

EL CAPITÁN DON DIEGO

Cuando las primeras naves españolas llegaron al Caribe, el gobierno y la capital de las tierras recién descubiertas se estableció en Santo Domingo. Fueron hacia allí los emigrantes españoles y todos los aventureros que se sentían atraídos por el oro y por la lucha.

Pronto la conquista de la isla de Cuba y los nuevos descubrimientos en Tierra Firme hicieron que la Española quedase relegada a segundo término.

Se edificaron pocas ciudades y la isla se hundió en un estado semisalvaje.

Al principio se construyeron pequeñas aldeas de labradores, quienes vivían en lucha abierta con los indios y cuando éstos desaparecieron con los bandidos que comenzaban a albergarse en la intrincada selva del interior de la Española.

Muchos fugitivos de la justicia, que no lograban marchar a Tierra Firme, se refugiaron allí. Las pendencias y las reyertas entre aldeas se sucedían continuamente. El barrio marítimo de Santo Domingo era el más, turbulento de todo el Caribe, donde los belicosos marineros y los altivos hidalgos sin fortuna se batían por los alegres ojos de una tonadillera o por los labios encendidos de una moza de mesón.

Pronto los toros y las vacas que trajeron los españoles se multiplicaron, y, debido al estado primitivo del interior de la isla regresaron a su estado salvaje. Una nueva ocupación nació para la agresiva e ingobernable población de la Española. Se dedicaron a cazar las reses y a curtir los cueros que con sus ligeras naves transportaban a los principales puertos. Se formó una población de cazadores, salvaje por completo, que se regían por sus propias leyes y que no tenían más razón y más derecho que la, fuerza de sus armas. A causa del nombre que los indios daban a los cueros, boucans, se les llamó bucaneros.

Muy pronto en las islas de la Martinica, Guadalupe y Tortuga comenzó a formarse otra población similar, en la que no todos los bucaneros pertenecían a la raza española. Se encontraban entre los cazadores franceses, ingleses y holandeses.

La isla de la Tortuga cayó a principios del siglo XVII en manos del rey de Francia, convirtiéndose en refugio de criminales e indeseables. Monsieur de la Place, el gobernador, concibió la idea de apoderarse de

la Española y a tal efecto armó a un buen número de bucaneros, hombres de mar y criminales, lanzándolos sobre la parte menos poblada de la isla. Durante varios meses saquearon aquel extremo de la isla hasta que los hacendados españoles debieron replegarse hacia Santo Domingo. La parte de la isla conocida por Haití quedaba en manos del Caribe. Muchos de los bucaneros eran mestizos, mulatos y alcatraces. La autoridad del gobernador era tan sólo nominal y tanto allí como en la Tortuga sí batían los hombres en plena calle. de los filibusteros, quienes se colocaron bajo el amparo de Francia. La corte de París nombró gobernador a Monsieur de la Place y éste convirtió la isla en el refugio de todos los fugitivos. Se formó la población más salvaje y más belicosa de todas. Cuando vendían un buen cargamento de pieles se emborrachaban hasta, caer al suelo.

Un nuevo conflicto surgió en los bosques. Los esclavos de las plantaciones, al huir sus dueños, se refugiaron en la espesura, regresando a su primitivo estado, y organizaron bandas de negros cimarrones que atacaban los poblados y las haciendas.

Los bucaneros se dedicaban también a asaltar con sus ligeras embarcaciones a las naves mercantes que se cruzaban por su ruta. Eran aquellas épocas las de mayor esplendor del comercio marítimo en España. Del Perú y de Méjico partían los galeones cargados de oro. Del istmo de Panamá, de Cuba y de Guayaquil y de Santo Domingo, transportando cargamentos de palo campeche, de café, de cacao, de vainilla y de cueros. Necesariamente eran buques españoles los asaltados por los bucaneros, aunque tan sólo podían atacar las embarcaciones pequeñas.

Francia e Inglaterra habían intentado en vano arruinar el poderío de España en el Caribe, y Monsieur de la Place concibió un plan para lograrlo apartando además a los piratas de las posesiones francesas.

Celebró una conferencia con uno de los cabecillas de los bucaneros llamado Pierre le Grand⁶, a causa de su descomunal tamaño, y le propuso con-fiarle tres naves convenientemente artilladas para que atacase a una nave española que en breve partiría de La Habana. Pierre le Grand se mesó las espesas barbas negras y asintió.

La expedición fué un éxito completo. Los corsarios se apoderaron de cincuenta mil piezas de a ocho.

De este modo comenzó la terrible plaga que durante tantos años de iría ensangrentar los mares.



Don Juan Francisco de Montemayo

Pierre le Grand se marchó de las Antillas y nada más se volvió a saber de él. Al poco tiempo se organizó una sociedad denominada «Los Hermanos de la Costa», quienes se compro-metieron a, cambio de la ayuda que Francia les proporcionaba a respetar sus colonias, su embarcaciones y sus súbditos, Inglaterra y Holanda, enemigas también de España, entraron pronto en el tratado.

A diferencia de los piratas, que no respetaban nacionalidad alguna, los miembros de esta asociación se denominaron corsarios, pues luchaban bajo el amparo de tres naciones contra el imperio español, aunque se les conocía por bucaneros y filibusteros.

Los botines que cobraban en los abordajes eran muy pronto comprados por los mercaderes de la Tortuga o de Guadalupe, y de este modo floreció el comercio francés en el Caribe.

Uno de los principales de «Los Hermanos de la Costa», era un español renegado, Lope Álvarez, quien con su buque «Campeador» navegó sin descanso, atacando a todas las nave» que a su paso hallaba.

Lo» corsarios que pululaban por la Tortuga y por Port-au-Prince, capital de Haití, se ofrecían continuamente a Álvarez, ya que tenía fama de ser quien más viajes provechosos hacía.

Su segundo, un francés llamado Fraincois L'Olonais⁷, fué

recomendado por el propio Álvarez a Monsieur de la Place, quien sin tardar le entregó el mando de una nave.

Junto a los nombres de Álvarez y L'Olonais, comenzaban a brillar los de Walter Stout y de Henry Morgan⁸.

«Los Hermanos, de la Costa» se habían extendido de tal modo que todas las islas del Caribe en las que no mandaba España eran guarida de los feroces bucaneros. Además, los piratas habían comenzado a navegar por aquellos mares.

Fué necesario que los virreyes españoles tomaran medidas para poner coto a los desmanes de los filibusteros y don Juan Francisco de Montemayor, almirante de la flota, decidió batir a los bucaneros con sus mismas armas.

Expuso ante las autoridades las ventajas de los corsarios, frente a la marina de guerra, la rapidez en la acción y el abordaje y la huida. Era necesario armar un buque en estas condiciones, para que luchara en terreno de igualdad contra los filibusteros. En pocas palabras, se trataba de fletar un corsario español.

Montemayor se dirigió a la Española, donde la población era idéntica a los bucaneros por su carácter levantisco y por su belicosidad. No era difícil en aquella plaza hallar hombres más feroces, más temerarios y más aventureros que los piratas.

La única dificultad estribaba en el hombre que debía mandarlos. Requería el gobierno de una tripulación de tal clase un puño de hierro, un valor a toda prueba y una gran práctica en la guerra.

No fué difícil obtener del gobernador de la Española un galeón de guerra y el permiso, para reclutar a sus tres-cientos navegantes. Aseguró el gobernador con una sonrisa que de este modo le librarían de trescientas jaquecas diarias.

Durante varios días el galeón permaneció anclado en el puerto, mientras Montemayor se devanaba los sesos en busca del hombre capaz de llevar adelante la empresa, cuando don Diego de Villegas y su escudero desembarcaran en Santo Domingo para probar fortuna.

Se presentó el joven aventurero al almirante, quien ya tenía referencia de sus andanzas por el Mediterráneo y por Flandes.

Montemayor quedó un instante pensativo, mientras Villegas aguardaba, con el chambergo en una mano y la otra en la empuñadura de la tizona.

Don Juan Francisco habló por fin.

—¿Habéis navegado, no es cierto?

—Así es, excelencia. Hice mi aprendizaje junto al capitán Alonso⁹, en las naves de Malta, una de las que más tarde mandé.

—¿Os ha traído algún proyecto a Ultramar?

—Ninguno. Tan sólo el ansia de ver nuevas tierras me hizo abandonar el Viejo Mundo.

Montemayor asintió satisfecho.

—Pues puedo ofreceros una gran empresa, señor capitán.

Villegas le miró aguardando a que hablara. El almirante le expuso su plan y al concluir le preguntó:

—¿Os atreveríais a mandar a esos hombres, mi señor don Diego?

El capitán sonrió con altivez:

—¡Pocas cosas hay a las que yo no me atreva! —aseguró con firmeza.

—En ese caso haré que os extiendan la licencia y os den medios para que reclutéis la tripulación. Venid a esta ventana

y podréis ver vuestro buque —respondió don Juan Francisco.

Villegas contempló el magnífico galeón que se balanceaba sobre las aguas y lanzó una exclamación:

—¡Pardiez, que es una hermosa nave! ¿Y cómo se llama?

—«El Antillano». Os presentaré mañana a vuestro piloto, Martín Ohando, hombre de mar muy acostumbrado a estas aguas y muy práctico en los derroteros del Caribe.

Cuando él joven capitán salió del despacho del almirante y se dirigió a su alojamiento, en sus ojos brillaba una alegría que no desmentían sus labios.

Fajeda le observó atentamente y con esta familiaridad que existe entre los compañeros de armas a pesar de la graduación, exclamó:

—Apostaría mi puñal de berberisco a que algo a sucedido que os agrada, señor capitán.

Villegas asintió con la cabeza.



*...cuando Don Diego de Villegas y
su escudero desembarcaron en Santo
Domingo..*

—No perderías tu arma, Pedro —le dijo—. Me hallo en una buena empresa que me ha de proporcionar mucho provecho.

—¿Y qué es ello, señor?

Diego dirigió una mirada a su escudero y sonrió con malicia.

—Veamos, Pedro. ¿Fuiste pirata alguna vez?

Fajada se atragantó y se quedó mirando a su amo mientras se

ruborizaba.

—Pues yo... verá su merced...

—Pedro —le interrumpió el capitán—. Vamos a corsear en un galeón armado por el almirante.

Los ojos del catalán se iluminaron de alegría.

—Ya sabía que mi señor no podría permanecer mucho tiempo sin ocupación.

Al día siguiente, Monte-mayor presentó a Diego al gigantesco piloto, estableciéndose entre los dos hombres una fuerte corriente de simpatía.

Antes de reclutar su tripulación, Villegas se dirigió a las Cuatro Calles. Se denominaba así el cruce de las dos principales arterias de la ciudad, donde se reunían los hidalgos sin fortuna y sin ocupación para beber, jugar a los dados y batirse. Alonso de Ojeda, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Vasco Núñez de Balboa habían pasado por allí.

El capitán recorrió con la mirada a los jóvenes de largas espadas y erizados bigotes que se sentaban a la puerta de los mesones.

Entre aquella gente altiva y pendenciera debía elegir un oficial que impusiera la disciplina militar entre los tripulantes. Sus ojos buscaron un hombre capaz de cumplir con su cometido. Todos parecían aptos para el cargo pero Diego quería asegurarse en su elección.

De pronto, oyó una voz bien modulada que decía con firmeza:

—¡Cuernos de Satanás! Me hallo aburrido y me vendría muy bien batirme con cuatro bergantes como vosotros.

Dirigió la mirada el capitán hacia el lugar donde se oía la voz y vio a un joven esbelto y elegante que discutía con unos espadachines.

—No me place la compañía de bellacos de vuestra guisa —decía — y en cambio me satisface ensartaros como a gallinas.

Los espadachines le miraban de mal modo, como aguardando el momento de lanzarse sobre él. El joven desenfundó la espada y, describiendo un círculo en el aire, gritó:

—¡Vamos, venid aquí, que llevo prisa y deseo mataros cuanto antes!

Sin más palabras acometió él solo a los cuatro espadachines.

Al tumor de la pelea se alzaron todos los clientes de los mesones, disponiéndose a presenciar el encuentro. Permanecían con la vista fija en el joven vestido de blanco, quien sin ninguna vacilación esgrimía con mano firme.

Villegas no dejó de admirar la pericia del desconocido, cuyo acero cortaba el aire, deteniendo las espadas de sus adversarios. Con una pasmosa agilidad, saltaba de un lado para otro, esquivando y parando golpes, al tiempo que dirigía furiosas estocadas a los espadachines. Ni por un instante dejó de sonreír, igual que si despreciara, a sus

adversarios. Sin embargo, no descuidaba su guardia de forma que su tizona flameaba en el aire, amenazando a cada instante el pecho de sus enemigos.

De pronto, uno de los espadachines cayó atravesado de parte a parte. Los tres restantes atacaron con desesperación, pero nada podían hacer ante la férrea guardia del joven, quien uno a uno, los fue ensartando como había prometido. Cuando su último enemigo cayó muerto, el desconocido limpió la ensangrentada tizona con la capa de su adversario, y, envainando el acero, exclamó:

—Posadero, traedme más vino si os place.

Acudió presurosamente el propietario del mesón y sirvió lo que le pedían.

Villegas se encaminó hacia la mesa donde se sentaba el esgrimidor y dijo:

—Quisiera hablar con vos, caballero.

El joven se puso en pie y, mirándole fijamente a la cara, preguntó:

—¿Deseáis hablar con esto?

Y acarició la empuñadura de la espada.

—De ningún modo. Deseo tan sólo haceros una proposición. Permitid que me presente. Soy el capitán don Diego de Villegas.

—Me llamo don Juan Pérez de Lerma.

CAPÍTULO III

EL GALLARDETE AZUL

No fué difícil que se entendieran aquellos dos hombres de temperamento tan similar. Pérez de Lerma aceptó el ofrecimiento y fué nombrado oficial.

Se procedió entonces a reclutar la tripulación de «El Antillano», que en aquella época se efectuaba por el sistema de «poner mesa».

Se colocó una en el barrio del puerto, detrás de la que se sentaba Ohando con el escribano, que anotaba los nombres de los tripulantes. Como prima se entregaba a cada voluntario cinco monedas de oro y diez de plata, de los montones que se veían sobre la mesa. El piloto los informaba que ya no recibirían más paga hasta haber apresado un buque enemigo de cuyo botín se les entregaría la parte que previamente habían estipulado.

Si el cargamento del navío pirata era de algún mercader de Cuba, Puerto Rico o la Española debería pagar en metálico la tercera parte a la marinería de «El Antillano». En caso de que fuera imposible de saber a quién pertenecía o que tan sólo se encontrara a bordo plata y oro, una tercera parte iría a manos del gobernador y el resto repartido entre los tripulantes. La embarcación contraria se vendería y el producto sería propiedad de los navegantes. Asimismo, todas las armas quedarían en su poder y con ellas podrían hacer lo que gustasen.

Como Martín Ohando era muy popular entre los marineros y pescadores, por haber navegado en el Caribe durante varios años, no tardaron en presentarse hombres de mar de piel curtida, amplios pantalones, camisetas a rayas o camisas blancas, rojos pañolones a la cabeza o gorros de media y un cuchillo en el cinto, que olía a brea y a sebo. Muchos lucían aretes en las orejas y tatuajes en los nervudos brazos.

Eran la parte más indeseable del puerto de Santo Domingo. Marineros pescadores famosos por sus aventuras en el mar y por sus reyertas en tierra. El gigantesco piloto les observaba con atención y si alguno no le parecía útil para la empresa le despedía con un ademán. Nadie se atrevía a plantarle cara al vasco, cuya fuerza hercúlea era de todos bien conocida.

En cambio, a aquellos a los que consideraba aptos para la tripulación del buque les saludaba con deferencia.

—Bienvenido sea su merced, señor marinero —decía—, con la ayuda de Dios daremos cuenta de todos esos malditos piratas.

Algunos habían servido en las naves del rey y éstos fueron destinados a servir las piezas de artillería.

Los hombres de cubierta quedaron al mando de un andaluz, Vicente de Azogue, recién nombrado contraamaestre. Hombre elástico y sonriente, pero muy ducho en el mar.



Vicente de Azogue

Pérez de Lerma era bien conocido entre hidalgos y espadachines a causa de su buen porte, su habilidad con la espada y su simpatía personal. Al extenderse la noticia de que marchaba en «El Antillano» un buen número de éstos, de fieros y altivos ademanes, sonrisa de desafío y mirada llameante, se apresuraron a alistarse. Influyó también que el capitán Villegas poseía una bien cimentada fama de hombre experto y arrojado, lo que atrajo a varios soldados veteranos de Italia y de Flandes que en aquella época languidecían en la isla.

Entre estos últimos y los amigos del antiguo estudiante de Salamanca se formó una compañía al estilo de los tercios españoles. Además se congregaron algunos cazadores de pieles., aventureros por naturaleza y poseedores de una infalible puntería.

Por último, Fajeda inscribió a algunos indeseables con los que había trabado conocimiento en las tabernas del puerto, hombres de magnífico humor, a quienes tan sólo atraía la lucha y el botín.

Cada compañía, de tos tercios constaba de un capitán, Villegas,

un alférez, Pérez de Lerma, y un sargento, para cuyo cargo se nombró a un antiguo soldado que perteneció a los «reitres»¹⁰, llamado Gustavos Leiyden, y de una sección de arcabuceros y otra de piqueros, con un pelotón de alabarderos.



Gustavus Leyden

A los arcabuceros fueron destinados aquellos que en los tercios habían manejado dicha arma, los italianos que sabían manejarlos, los «lansquenete»¹¹ y los cazadores de pieles. A los piqueros fueron destinados los demás y los que habían sido «levantes», así como los indeseables amigos del catalán se encargaron de las alabardas.

Se repartieron las armas y comenzaron a instruir a la gente para luchar según el sistema que en Europa, hizo invencibles las armas de España.

A los marineros y artilleros se les distribuyeron machetes, de abordaje y pistolas, según costumbre de los «delats», aunque si alguno tenía un arma preferida quedaba en libertad de usarla.

A los arcabuceros se les entregó el fusil y una espada. Pronto comenzaron las prácticas y mientras, la marinería, a las órdenes de Ohando se compenetraba con el buque y los artilleros se acostumbraban a manejar las piezas, con rapidez, Pérez de Lerma y Leyden instruían a la compañía.

Los arcabuceros, aprendieron a cargar sus armas y a disparar con prontitud. Los cazadores de pieles eran los que siempre acertaban en el blanco.

A los piqueros se les instruyó en el manejo de la pica, que en Flandes era justamente llamada «pólvora de España». No cabía duda que un ataque de soldados con esta arma era considerado como irresistible.

Las alabardas españolas, más pequeñas que las partesanas, requerían un concienzudo aprendizaje, como la de la espada. De este menester se encargó Fajeda.

En cuanto a las tizonas no fué necesario enseñar a nadie su manejo, pues la vida de muchos de aquellos hombres se conservaba gracias a su pericia en la esgrima.

Se instruyó a un pífano y a un tambor para que dieran las órdenes según los usos del ejército.

En cuanto a uniformes, no se repartió ninguno, quedando todos en libertad de elegir las prendas que más les agradaran y así se vio algunos corsarios vestidos con el lujo de los «levantes», mientras que las tupas de otros eran sencillas y deslindadas. Varios antiguos soldados conservaban los coseletes¹² y los cascos, que lucían con orgullo.

Villegas mandó confeccionar un gallardete azul sin distintivo ninguno.

—Esta será nuestra enseña aje guerra —les explicó a sus hombres—. Los Hermanos de la Costa» han elegido el color negro, de muerte, para amedrentar a sus víctimas. Nosotros preferimos el azul, el color de vida y de alegría, para que vean que no les tememos. Es el azul, además, el color del cielo de nuestra España, por la que salimos a luchar.

Una mañana de radiante sol tropical, se hizo a la mar «El Antillano». Todos los habitantes de Santo Domingo acudieron al puerto a despedirle. Los muelles se llenaron de marineros, pescadores, mozas, caballeros, soldados y damas que agitaban sombreros y pañuelos, deseando buena suerte a los corsarios. El gobernador en persona acudió para brindar en el camarote del capitán por el buen resultado de la empresa. Todas las naves fondeadas en el puerto habían izado sus banderas.

Cuando el gobernador descendió, retiraron la palanca por la que se llegaba al buque. Desde el puente de mando, Villegas gritó:

—En el nombre de Dios... larguen.

Como un eco repitieron las voces de Ohando y de Azogue:

—Larguen... en el nombre de Dios. ¡Larguen!,

Todo el velamen se desplegó con ruidoso coleteo hasta que el viento fué hinchando definitivamente sus curvas.

Mientras, varios marineros hacían girar el cabestrante, para izar el ancla al tiempo que cantaban una vieja tonada de las naves catalanas, en dialecto mediterráneo, mezcla de catalán, castellano, italiano y francés.

«Oh, san Pedro —gran varón,
oh, di Roma —esta el perdón.
Oh, San Pablo —son compañero,
oh, que ruega a Dios que nos
oh por nosotros —los navegantes
oh, este mundo —somos tantos.»

Al fin «El Antillano» se hizo a la mar. Sus tripulantes se despedían a gritos de los que quedaban en tierra y éstos no cesaban en sus saludos a los corsarios. Desde las otras embarcaciones se despedían de los aventureros del capitán Villegas.

En la fortaleza ladraron los cañonazos como última señal a los corsarios.

Durante varios días navegaron por la ruta de los buques mercantes en espera de hallar alguna, nave de bucaneros. Se cruzaron con varios navíos mercantes que se asustaban creyéndoles piratas.

Entre los hombres se notaban signos de impaciencia y descontento, ya que los jefes del galeón tenían costumbre de mandar y alternaban con ellos, sin que por eso se perdiera la disciplina.

Autorizaron los juegos para que el tedio no enloqueciera a los hombres, pues sabido es que más de una rebelión se llevó a cabo, para sacudirse el aburrimiento.

Una mañana el vigía gritó:

—¡Buque a la vista!

Villegas subió al puente y desde allí apuntó su catalejo hacia la embarcación que se veía en el horizonte. Era una nave de alto bordo, con di numeroso velamen hinchado por el viento. Parecía de construcción inglesa y no lucía bandera de ninguna clase.

En cubierta los corsarios aguardaban las órdenes de su capitán. Ohando junto al joven, esperaba sus palabras.

—Mira ese buque, Martín —dijo Diego.

Obedeció el piloto y al poco rato agregó:

—Creo que se trata de un bucanero.

El capitán se acarició la barbilla.

—Sigamos adelante hasta cortar su ruta-le ordenó a Ohando. Luego llamó a Pérez de Lerma y añadió —:

—Que forme la compañía dispuesta para el combate, pero que se oculten a los ojos del enemigo. Todos los artilleros a sus puestos.

Rápidamente circularon las órdenes. Como momos trepaban los marineros por las jarcias para ejecutar la maniobra. Ohando y Azogue

les dirigían con atención. Los artilleros corrieron a disponer las piezas, distribuyendo las municiones, pero no abrieron las portañolas para no prevenir al enemigo.



Luigui Matholi

Mientras, los arcabuceros se parapetaban para abrir fuego en cuanto lo ordenasen. Los piqueros y alabarderos, con las armas bien apretadas, se ocultaban a los ojos de los bucaneros.

Casi todos se habían desnudado de cintura para arriba y muchos lucían los coseletes sobre la piel.

Villegas se despojó de la casaca y se colocó sobre la blanca camisa el tahalí con la espada y las pistolas. Fajeda permanecía a su lado' para proteger las espaldas de su capitán como siempre había hecho.

Las dos naves se acercaron con más rapidez de lo que parecía. Los cascos embreados surcaban las aguas. Al fin se encontraron ambas a media milla de distancia. En los costados del buque aparecieron las bocas silenciosas de los cañones. Diego las contó con atención. Cuarenta. Igual cantidad que en su buque.

Dirigió luego una mirada sobre la cubierta. El enemigo creería: sin duda que se trataba de un navío mercante. Se veía a los marineros descansando al sol o llevando a cabo sus trabajos. Todos tenían buen cuidado de ocultar las armas. Los artilleros permanecían agazapados

junto a los ocultos cañones. En el entrepuente otros artilleros servían otras piezas que permanecían igualmente ocultas. Un siciliano dirigía a los hombres en aquel lugar. Era un antiguo «levante», llamado Luigi Matholi.

Los arcabuceros, parapetados detrás de la borda, cebaban sus armas. Los piqueros y alabarderos, con el torso desunido, se disponían al combate.

Villegas sonrió triunfalmente. Había llegado el momento. La lucha no tardaría en entablarse.

De improviso, un cañonazo —¹ partió del costado del buque enemigo y la bandera negra con las tibias y la calavera fué izada en el palo de mesana.

Un griterío ensordecedor partió de la nave filibustera. Diego recorrió la cubierta con su catalejo. Una turba de desalmados blandían sus armas, aguardando el abordaje.

A espaldas del capitán, se oyó decir a un soldado:

—¡Chillad, perros herejes, que muy pronto os mandaremos al infierno!

El bucanero comenzó a subir y a bajar la gavia de trinquete. Era ésta una señal reconocida por todos los marinos que indicaba colocarse al paio.

Villegas simuló obedecer y arrió la bandera.

Los filibusteros creyeron que se rendía sin luchar y su alegría, aumentó, ante la perspectiva del botín en aquel rico navío.

La nave enemiga se acercó lentamente.

Todos en «El Antillano» dominaban sus nervios, que les impulsaba a la acción.

De pronto, Villegas gritó:

—¡Fuego, señores de la artillería!

Las piezas de cubierta salieron por las portañolas y comenzaron a vomitar andanadas. Las del entrepuente las imitaron al instante y la nave adversaria se estremeció bajo los impactos de los cañonazos.

—¡Izad las banderas! —ordenó Diego—. ¡Preparados los arcabuceros!

Nuevamente, la enseña de España flameó sobre el buque, junto con el gallardete azul.

Gustavus Leyden dirigía el fuego de sus arcabuceros. Los antiguos soldados disparaban descargas cerradas, como lo aprendieron en el ejército, pero los cazadores hacían un fuego separado y sistemático, eligiendo cuidadosamente sus blancos.

Desde el buque enemigo intentaron responder a aquel ataque por sorpresa, pero era ya tarde. Se habían confiado demasiado.

Un certero cañonazo derribó el trinquete, obstaculizando así la maniobra del filibustero.

Vicente de Azogue, con una veintena de marineros, se disponía a lanzar los garfios. Villegas gritó con voz que dominaba el estruendo de la batalla.

—¡Listos para el abordaje!

Volaron los garfios por el aire y fueron a caer en el barco enemigo, haciendo presa en la borda. Los bucaneros quisieron cortar las cuerdas de los ganchos, pero el fuego de los arcabuceros derribaba a todo aquel que se atrevía a acercarse demasiado. Entonces los marineros comenzaron a tirar de las cuerdas, acercando los cascos de los buques. Lo mismo que en una maniobra, los corsarios canutaban al tirar de las cuerdas:

«Oh, San Pedro —gran varón,
Oh, di Roma —esta el perdón.»

Villegas desenfundó la tizona y todos sus hombres le imitaron. Los arcabuceros dejaron sus fusiles, empuñando las espadas. La cubierta se pobló de destellos de los aceros desnudos al ser heridos por el sol.

Cuando chocaron las dos naves, el capitán, blandiendo la espada, gritó:

—¡Santiago y cierra España!

Un alarido de guerra, ronco y feroz, contestó a esta orden de ataque. La voz del capitán dominó la algarabía de aullidos, gritando con fuerza:

—¡Via fora!¹³.

Con ferocidad, como en una estampida de toros bravos, asaltaron los españoles la nave adversaria, desparramándose por la cubierta.

Con el filo de sus aceros se abrieron paso entre las hileras de los bucaneros. Piqueros y alabarderos cargaban con furia, derribando adversarios que se oponían a su paso. Un escocés gigantesco se opuso a Ohando. Su machete describía círculos pretendiendo abatir a Martín. Pero el vasco alzó su tizona y, de un tajo, le abrió el cráneo bastea la barbilla.

Sobre sus pieles morenas, brillaban los dientes de los, españoles y sus ojos se veían iluminados de bárbara alegría.

Pérez de Lerma, sonriendo con ferocidad, repartía estocadas sin descanso. Leyden acometía al enemigo con incansable energía.

Con grandes carcajadas Azogue descargaba su machete sobre los bucaneros. Cada golpe era acompañado por una pulla.

—Guárdese su merced —le gritó a un filibustero al que había atravesado de parte a parte—. No descuide el casco —le advirtió a otro cuya cabeza había herido.

Villegas, escoltado por Fajeda, dirigía el combate. Parecía encontrarse en todas partes, hundiendo su acero en los cuerpos

adversarios. Pedro lanzaba, aullidos salvajes, mientras esgrimía su espada.

Lentamente los últimos piratas fueron cercados junto al puente donde se defendía su capitán. Como un enjambre de avispas les rodearon los corsarios.

Villegas comprendió que nada se podría hacer hasta matar al jefe. Además, ansiaba medirse con aquel tosco bucanero de barba roja.

Se dirigió a la borda y se sujetó a una, cuerda con una mano. Luego la cortó de un tajo y se lanzó hacia el puente.

Cayó ante el capitán filibustero, como un aparecido. Los dos adversarios se midieron en silencio, acometiéndose luego con ferocidad. Las tizonas chocaban con fuerza. De pronto, Diego le propinó un tajo en la mejilla al filibustero. La sangre enrojeció aún más su roja barba.

Continuaron chocando las espadas hasta que el acero del español se hundió en la garganta del enemigo.

Fajeda explicó más, tarde que ésta era siempre la costumbre de Villegas.

—Prueba de este modo la dureza de la carne y después, los mata —dijo.

El navío bucanero, que se llamaba «Revenge»¹⁴, resultó estar repleto de mercancías robadas a los mercaderes y así como de una gran cantidad de joyas y de doblones de oro.

Dejando a algunos hombres en el «Revenge», Villegas reemprendió la ruta de Santo Domingo. Los piratas capturados fueron confinados a la bodega, donde se les esposó.

Diego informó a sus hombres que durante la travesía de regreso quedaba prohibido el juego.

—Sería fácil que os encolerizarais y así surgirían pendencias.

CAPITULO IV

«CAMPEADOR»

Al regreso de aquella expedición la fama del joven capitán creció por toda la isla. Sus corsarios, que se divertieron de lo lindo con las ganancias, no cesaron de brindar a su salud y de hacer brindar a los parroquianos de todos los mesones hasta que nadie ignoró quién era dora Diego de Villegas y cómo Fajeda y sus amigos propinaron una paliza a un navegante portugués que no conocía su nombre. Todos los forasteros que llegaban a la isla eran rápidamente avisados.

En sus viajes siguientes. «El Antillano» tuvo no menos fortuna y el nombre de su capitán se extendió por todo el Caribe. Los comerciantes sentían ya menos miedo y los marinos no consideraban que partir fuese marchar a una muerte cierta. Por su parte los bucaneros de la Tortuga y de Haití comenzaron a conocer a don Diego de Villegas, cuyo nombre llenaban de improperios. Pero nadie logró nunca entrar en puerto, tremolando el gallardete azul que ya se había hecho famoso.

Los principales jefes bucaneros se juramentaron para no dejar con vida a ningún tripulante de «El Antillano». Esto no parecía importar mucho a los españoles, ya que las bajas, por muerte o mutilación, sufridas en los combates eran rápidamente cubiertas. Existían más aspirantes que plazas en el barco.

Algunos andaluces de la dotación de «El Antillano» aseguraban que veinte salidas con Villegas resultaban veinticinco éxitos.

Pero Diego no se sentía satisfecho. Hasta entonces había capturado únicamente a bucaneros de segunda fila, hombres arrojados y crueles, pero de ninguna talla, y él deseaba apresar a Álvarez, a L'Olonais, a Stout y todos aquellos cuya fauna corría de boca en boca y hacía palidecer a los más bravos.

Cierta mañana en que el galeón navegaba por la ruta de las Antillas, el vigía señaló la presencia de un navío.

Villegas lo observó a través de su catalejo. Sus facciones se contrajeron de alegría. Se volvió hacia Ohando y explicó:

—Es sin duda alguna una nave de construcción española, pero no lleva bandera de ninguna clase.

Pérez de Lerma lanzó una exclamación.

—Entonces es el «Campeador» de Lope Álvarez.

—Muy probable —añadió Martín.

—Confiemos en que así sea-dijo el capitán.

El timonel enfiló el galeón hacia el otro buque. Con rapidez se

dieron las órdenes y los corsarios se dispusieron al combate.

Villegas continuaba observando al buque enemigo, mientras sus hombres ocupaban sus puestos, aguardando el momento de comenzar la pelea. De improviso Diego lanzó un grito:

—¡Es el «Campeador»! Por fin nos encontramos con Álvarez.

—¡Por la Virgen que le recibiremos como merece! —añadió Ohando.

La noticia se extendió entre los hombres y la proximidad de un encuentro con el terrible bucanero aumentó la excitada alegría de los corsarios.

Las dos naves se acercaron con lentitud. Al parecer Álvarez había descubierto la identidad de su enemigo y salía a su encuentro dispuesto a suprimir a los corsarios españoles.

En «El Antillano» la actividad era cada vez mayor.

Ohando y Azogue vigilaban la maniobra de los marineros, que ya habían tomado sus armas, Pérez de Lerma formaba a los piqueros y alabarderos, al tiempo que Leyden distribuía a los tiradores, en espera de abrir fuego. Mientras, el pífano y el tambor no habían cesado de tocar.

Las dos embarcaciones surcaron aguas, buscándose como dos monstruos marinos que se disputaran el poderío de los mares.

En las cubiertas, las dos tripulaciones esgrimían sus armas, ansiosos por entablar combate.

Ambos capitanes, desde sus puestos, observaban atentamente al buque contrario calculando las posibilidades del encuentro.

Lentamente, se fueron percibiendo con claridad los destellos del buque filibustero. Desde el galeón pudieron contar las bocas de los cañones que asomaban por las portañolas. Vieron asimismo el enjambre de cabezas, cubiertas por pañolones, que se apiñaba junto a la borda.

Las dos naves se acercaron tanto que pronto se oyó el griterío de ambas tripulaciones.

Álvarez enarboló su bandera negra y, al verla, ordenó Villegas:

—¡Izad el estandarte de combate!

El gallardete azul ondeó contra el viento.

Era como un reto. Las dos naves flameaban sus pendones, pregonando cada una sus designios,

Diego ordenó que las piezas abriesen fuego. Los costados de «El Antillano» se nublaron, quedando ocultos por el humo de los cañones. Los estampidos resonaban sobre la quietud del océano.

Desde el «Campeador» respondían a los disparos del corsario y las dos naves, desparramando metralla y granadas, se abalanzaron la una sobre la otra.

Los arcabuceros comenzaron a disparar sus fusiles sobre la

cubierta enemiga y sobre el estruendo de la batalla se oían las voces de los oficiales transmitiendo las órdenes.

Casi al unísono volaron los garfios desde ambas embarcaciones, haciendo presa en la borda contraria. Puestos de costado, las naves recibieron de lleno los impactos de la artillería, pero sobre aquellas construcciones de madera, que de un momento a otro podían hundirse, hormigueaban dos tripulaciones feroces, sedientas de la sangre de sus contrarios.

Villegas, en mangas de camisa, con los largos cabellos flotando al viento y la tizona desnuda, se encontraba junto a la borda, aguardando el momento de iniciar el ataque. A su espalda los agresivos aventureros de su dotación esgrimían sus armas y sonreían con una alegría bárbara y salvaje.

Delante, en la nave enemiga, se distinguían los semblantes contraídos y brutales de los bucaneros que seguían a Álvarez.

Era una heterogénea tripulación la del «Campeador». Españoles renegados, mestizos, mulatos, Franceses e ingleses., y algunos indios, caribes, bebedores de sangre.,

En cuanto chocaron los cascos de las dos naves, Villegas, alzó la tizona en el aire.

—¡Santiago y cierra España! Chocaron sus hombres, con los filibusteros que querían abordar «El Antillano». Sobre las aguas se entabló un breve y feroz combate. Los muertos y los heridos caían al mar, las armas chocaban con furia, pero el empuje de los españoles era incontenible y los filibusteros comenzaron a retroceder.

Saltaron entonces a la nave enemiga los piqueros y alabarderos, precedidos por Villegas. Con furor, como, enloquecidos, arremetieron contra los bucaneros, desbaratando sus filas.

Las aceradas puntas de las picas y las anchas hojas de las alabardas aparecían enrojecidas de tanto matar. La sangre corría por la cubierta.

Los demás corsarios atacaban con furia, hendiendo cráneos, cercenando, brazos y destrozando pechos.

Pérez de Lerma esgrimió su tizona ante el primer oficial del «Campeador». Un francés, llamado Guillermo Lafarche, que tenía fama de ser una de las mejores espadas del Caribe.

Con una sonrisa invitó el joven:

—Venga vuesa merced a charlar conmigo. Veremos qué tal oratoria, usáis.

—¡Pardieu! —exclamó, el francés—. Voy a saber el color de tu sangre, bailarín.

Pero Lafarche no contaba o encontrar un esgrimista tan consumado como el estudiante. Todos sus ataques se perdían ante la guardia cerrada del español, quien, como llevaba prisa, asestó muy

pronto una estocada a su contrario.

Ohando repartía tajos a diestro y siniestro. De pronto, un cuerpo cayó sobre él, tirándole al suelo. Martín miró a su alrededor, buscando, su enorme tizona. No tuvo tiempo de recogerla. Un negro descomunal se abalanzó sobre el piloto, enarbolando un hacha. El vasco, se hizo, a un lado para eludir el golpe y cuando el arma pasó inofensivamente por su lado, agarró al bucanero, por el cuello con la mano derecha, mientras con la izquierda le retorció la muñeca que empuñaba el hacha. Gimió de dolor el negro y soltó su arma. Entonces el español lo alzó en vilo, arrojándole con fuerza contra el palo mayor. Como un guiñapo quedó tendido el filibustero con la espina dorsal rota.

Los españoles recorrían la cubierta, batiéndose con los piratas. Con agilidad de gatos saltaban por las escalerillas y subían por las jarcias.

El aire se poblaba de lamentos de los heridos y de gritos de júbilo de los corsarios. Las armas chocaban con furia.

De improviso, una lluvia de metralla se desparramó sobre los asaltantes. Varios corsarios cayeran llevándose las manos a las heridas. Otros se desplomaron para no levantarse más.

Fajeda buscó al culpable de aquella carnicería. Alguien debía pagar por el daño cansado a sus camaradas de armas.



El filibustero cargaba nuevamente los cañones...

Junto a la cámara de popa, un artillero manejaba dos ligeras culebrinas, con las que disparaba los españoles. El filibustero cargaba nuevamente los cañones. Era imposible llegar hasta él antes de que hiciese fuego. Pedro apretó los dientes con impotente rabia. Debería ver cómo más corsarios caían sin vida y él nada podría hacer para evitarlo.

De pronto sus ojos se iluminaron. A su lado, un cadáver estrechaba una pica: entre sus manos. Fajeda la tomó prestamente y la

lanzó con todas sus fuerzas.

La punta de acero se hundió en el pecho del filibustero y le arrastró hasta clavarle en la pared de la cámara de popa. Intentó arrancarse el arma pero fué inútil. Quedó allí, clavado contra la pared como un insecto, desangrándose lentamente.

Villegas no prestaba gran atención a la lucha, buscando una sombría y esbelta figura.

Al fin sus ojos descubrieron a un hombre vestido con un justillo y unos pantalones negros que esgrimía su tizona. Su pálido semblante, de cruel expresión, adornado con un grueso bigote, se veía sombreado por un amplio y emplumado chambergo.

Aquella figura siniestra era el sanguinario Lope Álvarez.

Diego se dirigió hacia él, blandiendo su tizona.

—¡Álvarez!, —gritó— ... ¡Ríndete, traidor renegado!

Lope se volvió furioso. Al instante adivinó quién era aquel joven sonriente y atrevido. Soltó una agresiva y sardónica carcajada.

—¿Rendirme? —repitió—. ¡Nunca! Si quieres prenderme ven a buscarme.

Villegas blandió la tizona.

—Está bien, —dijo—. Ya que no has vivido como un español, muere al menos como tal.

Después de una fiera mirada, ambos luchadores se acometieron con mortal odio. Las hojas de acero centelleaban al ser heridas por el sol.

A su alrededor corsarios y aventureros se atacaban con saña, pero los dos capitanes parecían ignorarlo, atentos únicamente a su lucha personal.

Álvarez manejaba la espada con fuerza y destreza, pero su estilo, debido a su larga permanencia en la Tortuga, era francés, y adolecía del exceso de floreos y de fintas.

Villegas, por su parte, aprendió esgrima en España y era su estilo el de los caballeros españoles. Seco, con un buen juego de brazo y de muñeca, y gran cantidad de estocadas a fondo.

Ambos luchadores eran enemigos peligrosos, que buscaban la muerte de su contrario.

En un principio, Álvarez atacó, dirigiendo una gran cantidad de fintas a los hombros de Diego, para lograr que su guardia se descubriese y de este modo, asestarle un golpe bajo. Pero el español paraba, con firmeza los ataques de su contrario. La reluciente hoja de su tizona semejaba multiplicarse, cerrando el paso al acero del renegado. Los ojos negros del capitán permanecían fijos en las pupilas de Lope, ya que éstas le avisarían en cuanto iba a tirarse a fondo.

Villegas se replegó lenta-mente, desviando aquella espada que amenazaba su existencia. De improviso cambiaron los papeles. Una

rápida parada en primera colocó a Diego en situación de atacar.

Se lanzó a fondo, buscando la vida de su contrario. Uno de los dos debía quedar para siempre sobre la cubierta del «Campeador».

De pronto, la tizona de Villegas rasgó la mejilla de Álvarez. El renegado palideció. Todos sabían que esto cuchillada precedía a la muerte.

Lope hizo un supremo esfuerzo para librarse del corsario, y fué a clavarse con el acero del español, que se le hundió en la garganta.

Sin proferir un lamento, Lope Álvarez, el renegado que tanta sangre hermana había vertido, cayó como un fardo.

El español se volvió hacia sus hombres, que acorralaban a los últimos bucaneros. La cubierta se veía sembrada de cadáveres. Algunos se retorcían aun en los estertores de la agonía, mientras que otros permanecían caídos en las escalerillas y su sangre goteaba por los peldaños.

Villegas blandió la tizona en el aire, al tiempo que gritaba:

—¡Acabad con esos perros! ¡Que sirvan de escarmiento a todos los bucaneros!

La desbandada comenzó. Enloquecidos, los filibusteros ya no pensaban en luchar, limitándose tan sólo a salvar la piel.

Huían por la cubierta, lanzándose algunos al mar. La mayor parte corrieron a refugiarse en las bodegas y el entrepuente, sin pensar que allí también les habían de capturar.

Persiguiéndoles, bajaron los españoles con su capitán a la cabeza.

CAPITULO V

UN DESCANSO

Diego no descansaba, atravesando a los bucaneros que encontraba a su paso. Junto con Fajeda persiguió a los enemigos por los estrechos corredores del «Campeador», mal iluminados por la luz que se filtraba a través de las ventanas.

Los corsarios, diseminados por la nave, perseguían a los demás filibusteros.

El capitán y Pedro siguieron a cinco piratas, cubiertos de sangre, que se dirigían hacia una amplia cámara.

Siguieron tras ellos los españoles. Se lanzaron al interior de la habitación, con las espadas en alto. Sin descanso acosaron a, los bucaneros, repartiendo tajos y estocadas.

Unos agudos chillidos les hicieron volverse, sin abandonar la pelea.

En un rincón de la cámara se veía a varios cautivos esposados, que les contemplaban con horror.

Villegas y Pedro continuaron luchando hasta que los cinco bucaneros se convirtieron en cadáveres. Atraídos por el fragor de la reyerta, varios corsarios, sucios de sangre, con la cara chamuscada de pólvora, entraron en la cámara.

Diego descansó la espada, al tiempo que contemplaba a los aterrados cautivos. A su lado, el catalán era la viva imagen de la guerra pirata.

Eran los cautivos cuatro ancianos y veinte mujeres que habían sido apresados en algún abordaje a un navío mercante.

Las mujeres eran de distinta edad, y una, en especial, atrajo la atención del aventurero. Era de mediana estatura y esbelta, aunque no delgada. Su cabellera cobriza caía en desorden hasta sus hombros redondos. La erecta espalda y el busto erguido daban cierta firmeza a su figura, que de otro modo hubiera resultado muy frágil. Lucía un blanco vestido, de ancha falda y amplio escote que dejaba al descubierto su satinada garganta. El talle alto y el corpiño bordado en oro se, veía desgarrado, así como una manga, que dejaba al descubierto un brazo blanco y suave.

Sus ojos claros poseían una mirada de terror y los delicados y rojos labios temblaban de miedo. Sin embargo, no bajó la vista cuando se clavaron en ella las negras pupilas del capitán.

Villegas no presentaba en aquél momento aspecto muy tranquilizador. La blanca camisa y su semblante se veían chamuscados

por la pólvora, y sus largos cabellos caían por sus poderosas espaldas. No obstante la expresión de la muchacha parecía apreciar su varonil apostura.

El resto de los cautivos no semejaban compartir su entusiasmo, ya que en sus ojos se leía el temor que los dominaba.

Diego exclamó con voz pausada, que no concordaba mucho con su salvaje aspecto:

—Ruego a vuestras mercedes que no se asustan. Ningún daño van a recibir y su prisión ha concluido.

Uno de los ancianos se atrevió a inquirir:

—¿Quién sois?

Se irguió el aventurero, y, como si se encontrara en la corte de Madrid, declaró:

—Soy el capitán Diego de Villegas, al servicio de su Católica Majestad.

Una expresión de inmenso alivio se retrató en los rostros de los cautivos. Sin embargo, no se fiaban.

La muchacha preguntó con esperanzada entonación:

—Luego, ¿no sois un pirata?

Sonrió el español.

—Muchos son mis pecados, pero jamás me uní a «Los Hermanos de la Costa».

Suspiró la joven con alivio.

—Temimos que fueseis otro desalmado que se batía con Álvarez, por... —empezó a decir, pero se interrumpió.

—Por vuestra posesión —concluyó Villegas. Después, clavando en ella sus ojos oscuros agregó—. En verdad que tal tesoro merece que se arriesguen muchas vidas.

Ordenó que les quitaran los cepos, a los cautivos y se dispuso a registrar el buque. Ya no quedaba ningún filibustero con vida, y pudieron registrar tranquilamente el buque. Hallaron un gran cargamento de mercancías robadas, de plata y de oro. No mentía la fama al asegurar que los viajes de Álvarez eran siempre provechosos, pero el bucanero ya no era más que pasto para los peces.

Villegas charló un instante con uno de los ancianos capturados. Eran mercaderes embarcados en un navío que asaltó a Álvarez, asesinando a toda la tripulación menos a ellos cuatro, de los que esperaba recibir un magnífico rescate, y a las mujeres, a las que se disponía a vender como esclavas en Port-au-Prince.

Ohando reclamó la atención del capitán. Según decían los carpinteros, las averías, de ambos buques no les permitirían navegar durante mucho tiempo, y no podían repararlas en alta mar. Habían hecho unos arreglos provisionales, pero sería, necesario tomar tierra lo más rápidamente posible.

—He pensado que existe por aquí una isla llamada la Maldita —explicó Martín—. Si te parece podemos dirigirnos hacia allí.

* * *

Las estrellas brillaban en lo alto del firmamento. Una luna blanca y tropical desparramaba su luz sobre un océano tranquilo y oscuro¹. Las dos naves surcaban las aguas del Caribe en las que pocas horas antes se habían batido con ferocidad.

Diego de Villegas permanecía solo en el puente de «El Antillano», observando la noche que se extendía ante sus ojos.

No podía dormir. Durante horas y más horas paseó inquieto por su camarote, vencido por los nervios y por el calor. Al fin subió a cubierta y permaneció en el puente. Se había despojado de la casaca y del chambergo, para que el aire fresco calmara sus nervios excitados.

El capitán sabía muy bien el motivo de su inquietud. El recuerdo de aquella muchacha cuyo nombre no conocía, le asediaba desde que h vio en la cámara del «Campeador».

Hacía mucho tiempo que Villegas no trataba ni veía a una mujer como aquella. Desde que llegó a las Antillas no tuvo relación más que coto mozas de los mesones durante sus cortas permanencias en tierra. En Europa, debido a sus correrías por el Mediterráneo, Flandes e Italia, tan sólo de tarde trababa conocimiento con las jóvenes damas de la aristocracia. Y la visión de aquella muchacha le hizo recordar su primera juventud, antes de empuñar la espada en las naves del capitán Alonso de Contreras.

Sentía una profunda nostalgia por la paz y la serenidad, de la que gozó en la mansión de sus padres, cuando en compañía de sus amigos se dedicaba a cazar y a montar a caballo. En ocasiones, algún hidalgo vecino suyo celebraba un festejo y el joven Diego se reunía con muchachas de su edad, a las que asediaba con un cortejo tímido y desmañado. Luego el ansia de las aventuras le azuzó el alma; como un aguijón.

Sentó plaza en el ejército, como lo hacían todos los hidalgos, confiando en llegar a general. Desde entonces se vio tan atareado que jamás pudo detenerse dos meses en un mismo lugar.

Una música suave y pegadiza se extendió sobre la, cubierta. Junto al castillo de proa el pífano del buque interpretaba una vieja tonada italiana. Las notas suaves pesaban como un lastre sobre el corazón, del soldado.

De pronto sintió unos tenues pasos a su espalda y un crujido de sedas. La costumbre de vivir entre peligros le hizo volverse con rapidez, acercando la mano a la pistola que lucía en el cinto, a pesar de encontrarse a salvo en su buque.

Bañada por la luz de la luna y de los faroles del navío, la muchacha que salvó permanecía ante el capitán.

Sus cabellos se veían bien peinados y en sus ropas había cosidos los desgarrones llevados a cabo por los bucaneros. Sonrió dulcemente al aventurero cuyos pensamientos ocupaba.

—Buenas noches, señor capitán.

—Buenas noches—respondió Diego.

—No podía dormir y salí a pasear —se excusó la muchacha tras un breve silencio.

—Algo parecido me ha ocurrido a mí —explicó Villegas—. La noche me pareció tan hermosa que resultaba un crimen desperdiciarla durmiendo.

—Nunca creí que las noches en las Indias¹⁵ fueran tan hermosas —afirmó ella.

—¿Es, pues, vuestro primer viaje?

—En efecto. Viví siempre en el reino de Valencia, con mi padre, que era mercader. Quiso realizar algunos negocios en las Antillas y vinimos para aquí.

—Mal recibimiento habéis tenido, señora —se dolió Diego—. El Caribe es un mar cruel y duro.

—Pero, a pesar de todas sus tristezas, es hermoso. Poco he visto dé él, pero me agrada. —Fijó sus ojos claros en la gallarda figura del corsario y agregó—: ¿Habéis vivido siempre en las Indias, capitán Villegas?

—No. No soy criollo¹⁶. Nací y me crié en España. Luego sentí la desazón de las aventuras y me alisté en el ejército. He sido marino y soldado antes de llegar aquí—hizo una pausa y añadió: —Pero reparo que aun no conozco vuestro nombre.

—Me llamo Isabel Arana.

Se inclinó ligeramente el capitán. Invitó la muchacha para que le siguiera hacia un extremo del puente donde podían contemplar el ancho mar oscuro y tenebroso que tan sólo una franja aparecía plateado por la luna. Mezclados con las notas del pífano llegaba el rumor del oleaje.

—¿Es vuestro padre uno de los cautivos? —preguntó Villegas.

Los labios de la muchacha temblaron un instante.

—Mi padre murió cuando nos abordaron los bucaneros.

Diego se mordió los labios.

—¿Os espera vuestra madre o algún familiar en Valencia?

Isabel negó con la cabeza.

—A nadie tengo en el mundo —. Calló un instante y luego, como si siguiera el orden de sus pensamientos empezó a decir—: Estuvimos poco tiempo en Panamá. Mi padre debía marchar a Cuba y aprovechó un galeón cargado de oro que partía hacia La Habana. Los primeros

días todo fué bien. Pero Álvarez se interpuso en nuestro camino. El abordaje es lo más horroroso que recuerdo. Se oía cómo chocaban las armas, los cañonazos y los disparos de los arcabuces. Los lamentos de las víctimas y los juramentos de los bucaneros poblaban el aire. Al fin, Álvarez venció. Toda la tripulación fué sacrificada. No perdonó a nadie. Algunos fueron sacrificados de un tiro, otros acuchillados y muchos arrojados al mar. Mi padre sucumbió defendiendo la entrada de mi camarote. A las mujeres nos perdonó Álvarez, diciendo que nos iba a vender en la Tortuga. A los cuatro comerciantes quería pedirles un rescate. —Enmudeció la muchacha para contener un sollozo y continuó hablando:— Nos bajaron a la cámara, cargándonos de cadenas. Oímos unos gritos y una de las mujeres pudo mirar por un ventanal. Habían incendiado nuestro navío, y el capitán, a quien había respetado la vida, murió atado al palo mayor. Siguieron varios días de penuria hasta que oímos los cañonazos que anunciaban la lucha que sosteníais con Álvarez. Luego vino el abordaje. Oímos el griterío y al fin os vimos entrar en la cámara, matando a los últimos filibusteros. Ya sabéis la equivocada idea que tuvimos de vos—añadió con una sonrisa —. Más tarde comprendí que debía haber adivinado que erais un oficial del Rey.

Villegas la contempló en silencio. Pareció que iba a hablar, cuando una voz se oyó a su lado.

—Señor capitán.

Se volvió Diego, para encontrarse ante Fajeda que le informaba:

—Uno de los heridos se está muriendo y os llama. Quiere daros unos encargos para su madre.

CAPITULO VI

LA MALDITA

Antes de que naciera el nuevo día murieron dos heridos. Uno de ellos era marinero, el otro pertenecía a la compañía de desembarco.

Reunidos en el camarote del capitán se encontraban Ohando, el alférez, Azogue, Leyden y el condestable.

—En el plazo de cinco horas a lo más tardar —explicaba Martín— llegaremos a La Maldita. Conozco bastante bien esta isla. Pertenece al archipiélago de Albuquerque. Nadie habita en ella, de modo que podremos reparar nuestras naves con toda tranquilidad. Tiene una bahía en la que caben media docena de barcos y en la que estaremos protegidos sin que nadie nos moleste.

—Bien —respondió Villegas—. El trabajo de reparación tardará una semana en terminar. Hace falta aserrar algunos troncos.

Azogue preguntó a Diego.

—¿Cuándo se enterrarán los muertos?

Intervino el sargento.

—Puesto que llegaremos a tierra, creo que es mejor que esperemos a desembarcar.

El contraмаestre protestó indignado.

—No, señor sargento. Entierren al soldado entre la tierra si gustan, pero el tripulante debe descansar en el mar, que es la tumba de todos los buenos navegantes.

Asintió el piloto.

—Así es. Creo que el pobre Fernando lo hubiera preferido, de poder elegir.

—Bien —volvió a decir el capitán—. Queda decidido que le enterraremos antes de llegar a tierra. En cuanto al soldado creo que es mejor hacer lo mismo. Si señalamos su tumba los bucaneros pueden profanarla; además de que no descansaría en tierra santa. En cambio, el mar es el cementerio de muchos hombres de bien. Que forme la tripulación.

Ohando pasó al «Campeador», y las dos naves se detuvieron, en medio del océano. La inmensa e infinita llanura azul se extendía, perdiéndose más allá del horizonte. Se hubiera dicho que todo el universo era aquella superficie líquida.

En los dos buques formaron las tripulaciones, atraídas por el pífano y el tambor, que habían cubierto con un crespón negro. Con la cabeza descubierta, permanecían en posición de firmes los guerreros que cabalgaban sobre las aguas en persecución de los enemigos de su

patria. Sus viriles semblantes, curtidos por los soles y todos los vientos, mostraban el dolor que sentían por la pérdida de sus dos amigos, a quienes quizá muy pronto harían compañía.

En unas camillas, envueltos en la bandera de España, descansaban los dos muertos, con una bala de cañón atada a los pies.

A una voz de mando, las formaciones adquirieron una postura más rígida. Villegas se acercó a las dos literas. Vestía completamente de negro, con la espada al cinto. Se descubrió con respeto y comenzó la oración de difuntos.

Los cautivos, liberados se encontraban asimismo en cubierta.

Isabel no apartaba los ojos de la severa mirada del capitán. La voz serena y, a la vez, emocionada de éste, rezaba la oración que repetían todos los marineros.

Qué hombre tan raro era Villegas, se dijo la muchacha. Cuando le vio por primera vez, chamuscado de pólvora, con los cabellos revueltos, atacando a los piratas espada en mano, le tomó —por un filibustero. Sus subordinados se distinguían muy poco de los bucaneros. Luego, cuando charló con él la noche anterior, le pareció muy distinto. A pesar de sus ropas sencillas, se advertía su noble cuna y su esmerada educación. En aquel momento, con sus negras vestiduras, semejava un oficial del Rey.

Era agradable el sonido de su voz, e Isabel no podía negar que se trataba de un gallardo caballero, pero lo que más le sorprendía era el fuego de su mirada y su audaz sonrisa, que parecía arrollarlo todo. Nacida y criada en Valencia, en el barrio de los mercaderes, se había tratado siempre con hombres apacibles que gastaban su vida tras los libros de cuentas, sin sentir jamás el aguijón de la aventura. Tan sólo de cuando en cuando, podía admirar, a los marinos que les visitaban. Sintió hacia su modo de andar, hacia sus pieles bronceadas y hacia sus sonrientes ojos una incontenible atracción. También los soldados le resultaban simpáticos, por su aire fanfarrón y sus largos bigotes. Con frecuencia, al pasear con su dueña, veía a los «levantes» de ropas chillonas, maneras de perdonavidas y ojos feroces. Pero jamás pudo intimar con ninguno de ellos.

Diego de Villegas reunía todos esos atractivos que a una mujer le hacían perder la cabeza.

Concluyó la oración fúnebre. El capitán y sus oficiales se persignaron devotamente.

A una orden de Gustavus Leyden los dos cuerpos fueron lanzados al mar.

Bajo las aguas en las que tanto habían luchado, quedaron sepultados eternamente los dos aventureros que de aquel modo habían alcanzado la gloria. Sus nombres no los recordaría nadie, quedarían olvidados para siempre; a lo sumo algún compañero de armas les

nombraría por casualidad, pero como héroes anónimos, de aquella sangre se crearon mundos nuevos que siempre cataron su grandeza.

* * *

Los dos galeones navegaban por el canal que serpenteaba a través del archipiélago de Alburquerque, hacia La Maldita, la más septentrional de todas las islas.

Apoyados en la borda de las naves, los corsarios contemplaban el magnífico espectáculo del paisaje tropical.

El sol resplandecía en un cielo sin nubes.

Las aguas, limpias y transparentes, despedían miles y miles de destellos. Sobre las rocosas costas de la isla se alzaba la espesura de un verdor increíble. Junto a la arena comenzaban los bosques de cocoteros y de palmeras.

Lentamente, las dos naves se acercaron a La Maldita.

La bahía tenía forma de pera, con la boca estrechada por dos acantilados. Parecía una de las islas mayores del archipiélago, y, a juzgar por la exuberante naturaleza, una de las más fértiles.

La playa, en forma de media luna, se extendía desde uno a otro de los acantilados, que altas palmeras y frondosos arbustos coronaban. Centenares de pájaros marinos anidaban entre las rocas, llenando el aire con sus graznidos.

Sobre la arena, por un ancho arroyo de agua dulce, rompían perezosamente las olas y las tortugas tomaban el sol.

El mar, en el interior de la bahía, semejava, un lago tranquilo y apacible. Desde la cubierta, los corsarios podían ver con tranquilidad el fondo, donde se reflejaba la sombra de las dos naves.

Al concluir la playa, comenzaba una intrincada selva, donde los árboles inmensos se veían unidos por las lianas. Los frutos sabrosos relucían sus pieles doradas al sol.

Los corsarios demostraban una alegría infantil, como la de un estudiante en vacaciones, ante la perspectiva de pasar unos días en aquella isla desierta por completo.

Varios aseguraban que pescarían peces y tortugas para cambiar de alimentos. Otros pensaban en los frutos de los árboles y en los huevos de las aves.

Los cazadores de pieles, prometían marchar al interior de la isla, trayendo a continuación las piezas que hubieran cobrado.

En pocos minutos los buques arrojaron el ancla y los tripulantes se dirigieron a tierra armados de hachas. Eligieron varios árboles y los derribaron para construir balsas.

Después trasladaron a tierra más de la mitad de los cañones que Pérez de Lerma hizo colocar sobre los acantilados, desde donde podían

rechazar el ataque de toda una flota en caso de que fuera necesario. No era probable que nadie les descubriera en aquel lugar, pero resultaba mejor no arriesgarse.

Luego, como nadie deseaba desaprovechar la oportunidad de pasar unos días en aquella isla paradisíaca, descargaran todo lo necesario para vivir en tierra. En pocas horas quedó construida una choza para las mujeres. El severo Leyden montó una guardia en los acantilados para prevenir cualquier sorpresa.

Azogue hizo lo propio en los bosques para que no quedasen desguarnecidos.

Mientras los carpinteros y sus ayudantes comenzaban sus trabajos, aquellos que no tenían servicio se dedicaron a explorar la isla.

Los cazadores, con permiso de Villegas, tomaron sus armas y partieron a buscar carne fresca. Otros trepaban por los acantilados en busca de huevos de aves marinas. Algunos se dedicaban a pescar, mientras varios, con grandes gritos, cazaban las indolentes tortugas.

Casi todos los que habían partido a explorar La Maldita regresaron cargados de cocos, dátiles y racimos de plátanos.

La comida fué muy alegre. Aquellos hombres que exponían sus vidas a diario, no se sentían afectados por la muerte como los demás, pero cuando volvieran a cruzarse en una lucha contra los bucaneros, recordarían muy bien a sus camaradas caídos en otros combates.

Cuando declinaba el día, Villegas se alejó de la playa poblada de marineros. Sentía una incontenible necesidad de encontrarse solo. Desde hacía unos días se encontraba muy cambiado. Quizá fuese la fiebre, pero no era el mismo de antes.

De que algo raro le ocurría no cabía ninguna duda. El era un hombre de acción, eminente-mente de acción, a quien gustaban los placeres propios de los caballeros: batirse con los enemigos de su país, jugar a los dados con sus camaradas de armas, beber buenos vasos de vino y enamorar a hermosas mujeres. Sin embargo, aquellos días sentía una nostalgia imprecisa, pero fuerte de algo que no podía aclarar.

Se detuvo junto a los acantilados, contemplando el magnífico espectáculo del crepúsculo.

El sol teñía el horizonte de un rojo dorado, que se extendía hasta la tierra. Las palmeras de los promontorios se recortaban sobre aquel cielo encendido. Los árboles de la selva recibían asimismo, como el mar, los últimos rayos escarlata del astro que moría. Los otros lugares, donde él sol no llegaba, aparecían envueltos en penumbra.

De pronto, unos pasos apartaron al capitán de sus meditaciones.

Isabel Arana avanzaba sonriendo halda su encuentro. Parecía que la vuelta a tierra había mejorado mucho a la muchacha. Sus ojos

relucían, alegremente y sus mejillas se veían arreboladas.

—Paseaba por las rocas y os vi, capitán —explicó—. Vine a saludaros.

Diego sonrió a su vez mientras admiraba la lozana belleza de Isabel.

—Yo estaba contemplando el crepúsculo —dijo—. Se diría que el Señor se complace en hermostrar la muerte diaria de la luz.

—En Campeche-continuó ella —nuestra casa no estaba cercana al mar y no gozamos de tales espectáculos.

Villegas se sentó sobre una roca e indicó a Isabel que hiciera lo propio. Lejos de todo lugar civilizado, la rigidez de la etiqueta de aquella época había desaparecido naturalmente.

—¿Tardaremos mucho en partir de aquí? —preguntó la muchacha.

—Cinco días a lo sumo. ¿Sentís muchos deseos de abandonar La Maldita?

—Ninguno —replicó Isabel—. Me place este lugar y la tranquilidad que aquí se respira recompensa de muchas de las penalidades pasadas,

Isabel entornó los ojos y aspiró con delicia el aire fresco del mar, impregnado de sal, que le acariciaba la piel y le agitaba el cabello. Echó el busto hacia atrás, permaneciendo así un instante.

Villegas clavó en ella sus negras pupilas de ardiente mirar.

—¿Pensáis regresar a España? —preguntó.

La muchacha negó con la cabeza.

—No sé lo que haré —dijo—. Nadie me aguarda en ninguna parte.

—¿No tenéis parientes?

—Mi padre era mi único pariente. Ha muerto y no sé lo que voy a hacer.

Diego la contempló nuevamente. Pareció que iba a hablar, cuando se oyeron unas risas a pocos pasos de ellos.

—Por Dios y mi ánima que no sabía que tirarais tan bien —exclamó una voz.

—Oí jactáis demasiado de vuestra habilidad —se burló otra.

Villegas e Isabel se pusieron en pie, emprendiendo el regreso a la playa. El capitán fué reclamado por Ohando, que necesitaba hacerle unas preguntas.

La muchacha se dirigió hacia la cabaña que para las mujeres habían construido. Una de ellas permanecía de pie en la puerta. Dirigió a la joven una penetrante mirada y dijo:

—¿Habéis paseado con el capitán?

Afirmó la otra.

—Es un hombre galante don Diego, capaz de hacer enfermar de

amores a una mujer, y más a una de vuestros pocos años.

Isabel se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—Líbreme Dios de hablar mal del caballero a quien debo la vida —añadió la mujer—. Pero esta clase de hombres no sirven para formar un hogar. Andan siempre revueltos de un lugar para otro, batiéndose con el mundo entero, y soñando con otras tierras. Mi marido, que en gloria esté, era igual a todos ellos. —Exhaló un suspiro y agregó:— Nunca me consolaré de su muerte.

CAPITULO VII

LA DAMA DEL CAPITÁN

Era la última noche que iban a pasar en La Maldita. Al día siguiente emprenderían el regreso a Santo Domingo. Las averías de los buques habían sido ya reparadas, y, gracias a la previsión del sargento, habían almacenado nuevos víveres.

Como despedida de la isla, Villegas mandó hacer una cena extraordinaria y repartió vino a toda la tripulación.

La noche, cálida y azul, envolvía la tierra. De la selva llegaban la fragancia de las flores, en la playa ardían alegremente las hogueras, alrededor de las que se sentaban los corsarios, y en las naves brillaban los faroles con los que se alumbraba la guardia.

En el cielo, miles de estrellas blancas rodeaban a la blanca, luna de las Antillas. Las olas rompían débilmente sóbrela arena, esparciendo un perezoso y continuo rumor.

Miles de cintas luminosas se agitaban en el aire, como una gigantesca tela, de araña. Eran los cucuyos, insectos de rápido vuelo que despiden luz.

Por encima de las risas y de las conversaciones, se alzó una vibrante voz de barítono que, acompañando de la vihuela, entonaba una vieja canción de amor. Era una tonada lánguida y sensual, de extrañas modulaciones, que guardaba muchas reminiscencias de los moros que aun habitaban en España.

Una perezosa nostalgia se apoderó de los aventureros del mar. Con los ojos entornados, recordaron épocas en las que habían vivido junto a una muchacha como la que hablaba la canción.

Villegas se apartó de sus corsarios. La misma inquietud de aquellos días hacía ahora presa en él. El capitán se sentía turbado. Deseaba encontrarse nuevamente sobre su galeón, atacando a una nave enemiga. Todas aquellas estupideces pasarían entonces. Pero, en realidad, Diego lo sabía muy bien, no sentía ningún deseo de hacerse nuevamente a la mar.

Se alejó de la tripulación, escuchando como la arena crujía bajo la suela de sus botas. Sus pasos le guiaron hacia el lugar donde comenzaba la selva. Se detuvo un instante y se apoyó en un árbol.

A nadie había comunicado sus temores, pero Fajada, acostumbrado a tratarle desde hacía años y con la perspicacia de los mediterráneos, notó algo raro en su capitán.

La, mirada de Diego descubrió una figura blanca y esbelta que se dirigía hacia una roca, junto a la que corría el riachuelo. Sin poderse

contener se encaminó hacia ella.

—Buenas noches —saludó.

Isabel, pues ella era, alzó su semblante de delicadas facciones y dirigió una dulce sonrisa al aventurero.

Villegas se sentó a su lado y por un instante ambos escucharon, la música de la vihuela. Pero Diego prestaba más atención a la muchacha que tenía al lado que a la voz de Pérez de Lerma. La luna caía sobre Isabel, adornando su belleza con el encanto del misterio de la noche. La cabellera bien peinada formaba una aureola alrededor de su semblante. Sus ojos claros parecían empañados y sus adorables labios se veían entreabiertos. Por el amplio escote mostraba la garganta y los hombros que palpitaban como si sollozara en silencio.

En aquellos instantes semejava más débil y más desamparada que nunca.

El corsario percibió el penetrante perfume de mujer que de su piel irradiaba.

Isabel volvió su mirada hacia el capitán y sonrió tristemente.

—¿No os alegra regresar a los lugares civilizados? —preguntó Villegas.

—Nadie me espera allí. En esta isla, protegida por vuestros hombres, soy feliz. No puedo saber lo que allí me espera.

Siguió un silencio en el que todo parecía pesar sobre los dos jóvenes.

—¡Isabel!

La voz del corsario sonó muy distinta, como nunca la oyeron sus hombres. Parecía como empañada y al mismo tiempo era una orden.

La muchacha es estremeció. Bajó los ojos incapaz de resistir la mirada ardiente del aventurero.

Villegas tendió la mano enlazando la de la joven. Al sentir ella sobre su piel la firme presión de los dedos del corsario, tembló como si tuviera frío. Se puso en pie, intentando apartarse de su lado

—Dejadme marchar, capitán —suplicó.

Pero el joven no soltó la mano que tenía entre las suyas.

—Isabel —volvió a decir—. S quieres yo te protegeré. No volverás a sentirte sola e indefensa, por que estaré siempre a tu lado y nadie se atreverá a importunarte.

La muchacha alzó tímidamente los ojos, que mantenía fijos en e suelo. Ante ella, erguido y altivo, se encontraba el capitán. Sus cabellos largos hacían algo enjuta su cara sobre la piel bronceada, que destacaba la blanca camisa, relucían sus negras pupilas de ardiente mirar. Isabel se sintió fascinada. Incapaz de resistir a, aquel corsario que la dominaba con la misma facilidad que a los locos despreocupados que le seguían hasta la muerte.

Sus dedos devolvieron la presión y lentamente se acercó a

Villegas

Los brazos atléticos del aventurero la enlazaron por la cintura, estrechándola contra su pecho. Por un instante se miraron, a los ojos, y luego el capitán la besó con la misma furia que en los abordajes repartía estocadas.

* * *

Cuando llegaron a Santo Domingo, Villegas adquirió una casa, donde se alojó con Isabel y con su inseparable Fajeda.

La casa era del estilo que se edificaban en las colonias españolas. De poca alzada, techo rojo, paredes encaladas y ventanas protegidas con rejas de complicada labor. El suelo era de mosaicos de colores y abundaba el edificio en balcones y ventanales, por los que entraba el fresco.

En el interior se veían muchos arrimaderos de madera, hasta la altura del hombro. Los muebles eran una rara mezcla de trabajo peninsular e indígena. Se veían muchos divanes y sillones forrados de cuero, pero, asimismo se encontraban algunos de labor manual, contruidos con cañas y juncos.

El jardín se hallaba en la parte trasera de la casa, rodeado por blancas tapias de adobe, en el que brotaba un surtidor.

Allí instaló Diego a Isabel, con un esclavo negro y cuatro criadas indias que alquiló.

Para que la casa estuviese más en consonancia con los gustos del corsario, adornó las paredes con panoplias, con las armas capturadas al enemigo.

Pérez de Lerma, Ohando y los demás tripulantes, que no tenían otro alojamiento que «El Antillano», se resintieron de esta, deserción, como le llamaban, y que rompía la buena armonía que hasta entonces existió.

Fajeda, por su parte, maldijo en catalán, en castellano, en «levante» y en siciliano. Cuando se sintió desahogado, informó a su tizona, al puñal y a la pistola, pues nadie más le acompañaba, «que se había acabado la buena vida».

—¡A comer a la hora! —se dolía—. Sin batirnos en los mesones ni enamorar a las damas.

Diego prestó toda su atención a Isabel, permaneciendo a su lado a todas horas. Juntos paseaban a caballo y visitaban los lugares más pintorescos de la ciudad. Por tratarse del capitán Villegas., nadie se negó a trabar conocimiento con aquella muchacha de lozana belleza.

Pasaron así quince días, muchos más de los que mediaron entre los anteriores viajes, y los corsarios comenzaron a murmurar. Habían perdido sus ahorros jugando a los dados, bebiendo vino o a manos de

las mozas de los mesones. Se habían batido con los soldados, los marineros, los pescadores, los tripulantes de las naves del Rey, con los hidalgos y últimamente entre ellos mismos.

El gobernador de la Española comenzaba a sentirse inquieto. Aquellos aventureros, que no conocían otra profesión que la guerra, amenazaban en convertir Santo Domingo en un sangriento campo de batalla. Prefería no hacer que la tropa ni los golillas arrestasen a aquella gente altanera, quisquillosa y temible para no crear nuevos problemas. Por otra parte reconocía que Villegas merecía muy bien un descanso en su vida de incesantes peligros y no le parecía justo quebrantarlo.

La tripulación desembarcada inactiva de «El Antillano» comenzaba a convertirse en un grave problema.

Al fin Ohando y Pérez de Lerma tomaron cartas en el asunto. Fueron a visitar a Diego y le expusieron la situación.

—La gente se queja de que no salimos a la mar para dar caza a los bucaneros. Han gastado todos sus beneficios y pasean por las tabernas tristes y alicaídos. Hemos descansado ya y creemos que ha llegado el momento para levar anclas.

Villegas escuchó atentamente este discurso y asintió:

—Tenéis mucha razón. Mañana nos pondremos en marcha.

El semblante de Fajeda se iluminó de alegría. Se habían acabado los ocios inútiles y aburridos. Nuevamente sentiría bajo sus plantas la cubierta del galeón, mientras se lanzaba sobre un buque filibustero.

Se hicieron a la mar y a su regreso supo toda la ciudad que el éxito seguía acompañando las empresas de don Diego de Villegas.

Aleccionado por lo ocurrido en el viaje anterior, el corsario zarpó a la semana. Siguieron muchos cruceros en los que nuevos bucaneros desaparecían para siempre de la superficie de las aguas.

Mientras, Isabel languidecía. Durante las estancias del aventurero en la ciudad, su vida adquiría un ritmo de torbellino, pero cuando «El Antillano» se hacía a la mar, el tedio la consumía lentamente. Al verla en compañía del capitán nadie dejaba de saludarla, pero cuando se encontraba sola, las damas preferían no tratar a la compañera del corsario.

El calor de Santo Domingo, su población chillona y aventurera y la misma casa donde residía comenzaron a serle insoportables a Isabel.

* * *

Villegas se dirigió a su casa, mientras sus aventureros se desparramaban por la ciudad. El gentío que les seguía y vitoreaba, acompañó al capitán hasta su vivienda.

Aquel viaje había resultado más largo que ninguno. Durante días

y más días navegaron por la ruta comercial del Caribe, dando alto a todas las naves cuyas banderas no parecían claramente en la popa. Innumerables abordajes habían seguido llenando la bodega de «El Antillano» y de los tres buques que les seguían de tesoros y de mercancías rescatadas.

Pero otras muchas embarcaciones se habían hundido en el océano para siempre, ahogándose los bucaneros que en la lucha no habían muerto.

Los corsarios que regresaban con los bolsillos repletos de oro y nuevas cicatrices en el cuerpo, sabían muy bien a qué se debía aquella incesante fiebre de lucha que sentía el capitán y que en todos había hecho mella,

Cierto día arribó a Santo Domingo un marinero con una lancha. Presentó a las autoridades del puerto y explicó una extraña historia. Su buque había sido abordado por filibustero, que asesinó toda tripulación excepto a él y que le entregó un papel para que fuera a llevarlo a las autoridades españolas. Decía así el mensaje:

«Digan al capitán Villegas que no descansaré hasta vengar la muerte de mi amigo y jefe Lopez Álvarez. He jurado entrar en la Tortuga con el cuerpo de Villegas colgando del bauprés.

Francois L'Olonais.»

Y Villegas no estaba dispuesto a desoír este reto. Buscaría al francés hasta tenerlo al alcance de su temible tizona. Pero no había tenido suerte durante aquel viaje y el olonés no había aparecido.

Diego se detuvo ante la puerta de su casa y, tras un breve descanso, entró. Los criados le recibieron con grandes muestras de cariño y respeto. Isabel salió a su encuentro sonriendo alegremente. Parecía algo nerviosa, a efectos del calor con toda seguridad.

En aquellos instantes un hombre salía por la parte trasera de la casa.



GENERAL CUSTER

Al frente del Séptimo de Caballería, cargó contra el enemigo indio, abriendo nuevas fronteras para su país.

Novela apasionante y de gran emoción publicada en el primer número de la colección

HOMBRES DEL OESTE

bajo el título de

MURIERON CON LAS BOTAS PUESTAS

CAPITULO VIII

FAJEDA SOSPECHA

Pedro permanecía apoyado en la silla de su amo, mientras sus ojos estaban fijos en Isabel Arana.

Los criados servían la cena que Villegas devoraba, refiriéndole a la muchacha las incidencias de aquel viaje. Ella por su parte casi no probaba las viandas que depositaban en bandejas de plata maciza.

Fajeda no hubiera podido decir las causas pero sospechaba que allí ocurría algo raro. Todo se había desarrollado igual que en las otras ocasiones en las que regresó de sus viajes. Los criados acudieron a recibir al corsario, inclinándose con respetuoso afecto, la «señora» ofreció sus labios al capitán. Nada había cambiado. Y, sin embargo, Pedro percibía cierto matiz de inquietud en toda la casa. Los sirvientes se movían con nerviosa viveza, Isabel aparecía demasiado pálida y desganada, se sobresaltaba a cada instante, semejando alejada de Diego algunas veces y prodigando otras sus manifestaciones de cariño. Todo esto podría no tener ningún significado, pero Fajeda, que como buen catalán era muy desconfiado, sospechaba que en la casa ocurría algo extraño.

Prefería no decirle nada a su amo, hasta comprobar si efectivamente estaba en lo cierto.

Concluida la cena, Diego e Isabel salieron al jardín, donde se sentaron en unas largas butacas de fabricación indígena. El criado negro fué llamado para que, acompañándose de la vihuela, interpretase algunas canciones de ritmo africano y música española que comenzaban a formar el repertorio criollo.

Mientras cantaba el esclavo, los dos jóvenes permanecían en silencio, escuchándole con atención.

Fajeda salió al jardín sin ser visto y se ocultó tras un macizo de rosas. Para el soldado, no resultaba difícil debido a su enorme práctica de rondar por los campamentos enemigos para obtener informes. Tampoco lo consideraba un hecho censurable, pues Pedro no se paraba mucho en medios y juzgaba que de aquel modo podría labrar la felicidad de su capitán.

Villegas encendió la pipa de barro a la que tan rápidamente se acostumbraron los soldados y exhaló una bocanada de humo.

La muchacha permanecía a su lado, escuchando las canciones del negro.

El capitán la contempló un instante y dijo:

—Cuántos deseos tenía de reunirme contigo, Isabel.

La joven no se movió y el corsario continuó hablando:

—Mientras estoy en el mar, en el puente de mi nave, pienso siempre en ti, pero cuando veo un buque enemigo y comienzan a estallar los cañonazos, me olvido de todo. Jamás seré otra cosa más que un hombre de guerra. Allá en España, mis dos cuñados administran mis tierras a las que muy pocas veces siento deseos de volver. La inactividad me hastía pero a tu lado soy feliz.

La muchacha continuó inmóvil, con la mirada perdida era el jardín.

—¡Isabel! —exclamó extrañado el capitán.

Se sobresaltó ella, volviendo hacia él su rostro demudado, cuya inquietud pretendía disimular con una sonrisa.

—¿Qué decías, Diego?

—Es que no me escuchabas? —preguntó él dolido.

—Estaba distraída escuchando la canción de Alonso —se excusó Isabel al tiempo que señalaba al criado.

Villegas tomó la mano de la muchacha, que temblaba al contacto de los dedos del corsario.

—Decía, Isabel —continuó el aventurero—, que en mi vida nada hay que se parezca a ti. Siempre amé la lucha, los peligros y lo ignorado que el destino podía enviarme. Nunca ansié más que la gloria y la guerra, pero desde que te conozco todo parece haber cambiado. El universo es distinto. Me siento muy feliz a tu lado. Nada deseo porque todo lo tengo desde que tú estás conmigo. Al regresar a puerto, después de mis travesías, sé que me sentiré dichoso, gozando de una paz como jamás la sentí.

Isabel apartó el rostro, volviéndose hacia otro lado.

Diego le tomó la barbilla, obligándole a que le mirara de nuevo. En los claros ojos de la muchacha brillaban dos lágrimas, que se deslizaban lentamente hacia sus mejillas.

—¿Qué es eso, Isabel? —, exclamó Villegas nuevamente sorprendido— ¿Lloras? ¿Qué te ocurre?

La joven no supo qué responder y procuró sonreír. Luego negó con la cabeza, pero no pudo articular palabra. El aventurero se acercó más a la muchacha.

—¿Te entristece acaso lo que te dije?

Pero Isabel no respondía. El capitán sonrió a su vez.

—Debes perdonarme, pero no creí, que esto pudiera hacerte llorar.

Sus brazos fuertes la enlazaron por la cintura y la atrajeron hacia sí. Isabel vio cómo se acercaban los labios del corsario, cómo se disponían a unirse a los de ella en un ardiente beso que no podía eludir. Fajeda desvió la mirada. No tenía interés en presenciar escenas amorosas. Con parsimonia se retorció Pedro su negro bigote. Cada vez

su: sospecha adquiriría mayor fuerza.

* * *

A la mañana siguiente Villegas debió ausentarse de la casa. Salió a la calle, escoltado por el catalán que en vez de marchar a unos pasos de distancia como solían hacen los escuderos, se colocó familiar-mente a su lado.

Iba el capitán, según modo en las Antillas, con la capa colgada del brazo izquierdo y la mano en el pomo de la tizona. Parecía alegre y sonriente, respondiendo a los respetuosos saludos que le dirigían. No así Fajeda, a quien se veía ensimismado y serio.

—¿Qué te ocurre, Pedro? —quiso saber Villegas—. ¿Tienes alguna contrariedad?

El escudero iluminó su semblante y respondió:

—¿Yo, señor capitán? Ni por pienso. Tan sólo que no me siento bien en tierra.

—Necesitas una mujer que te cuide —dijo el corsario.

El catalán dio un respingo.

—¿Yo? —preguntó asombrado—. ¿Para qué necesito que me cuiden?

—¿Te has enamorado alguna vez?

—¿Es que no lo recuerda el señor? ¿Ha, olvidado vuesa merced a la posadera de Malta?

Diego rompió a reír. Animado Fajeda agregó:

—Quisiera estar libre esta noche. En la «Posada del Mar» hay una moza que me trae loco.

El corsario meneó la cabeza.

—Lo siento, pero esta noche no es posible. Debo salir a entrevistarme con el almirante y necesito que ilumines el camino.

—Como mande vuesa merced.

Continuaron hablando de tiempos pasados, rememorando las épocas en que ambos corrían desde Malta a Flandes.

De improviso, alguien llamó al corsario

—Capitán Villegas.

Se volvieron los aventureros hacia el que les había llamado. Se trataba de un veterano piloto de la ciudad llamado Bartolomé Santangel, a quien todos querían y respetaban en extremo. Le acompañaban dos desconocidos. Uno de ellos era corpulento, de cabellos rubios y ojos azules. Su curtida piel poseía el tono rojizo de los hombres del Norte cuando les quema el sol. Vestía, sin embargo, ropas al estilo español y apoyaba la mano en la empuñadura de su tizona. El otro, que se mantenía a cierta distancia, parecía asimismo un hambre del Norte y vestía como un criado.

Pero Fajeda, que acostumbraba a medir a los hombres como posibles enemigos, descubrió en sus ojos la mirada propia de los hombres de lucha. Además, lucía una ancha daga en el cinto.

Santangel indicó al corsario y dijo:

—Este es don Diego de Villegas —Luego señaló al desconocido y añadió—: Guillermo Van Troot.

Se inclinaron los dos caballeros, mientras Bartolomé continuaba:

—Me preguntó por vuesa merced si os conocía y si estabais en la ciudad. Por esta razón os he presentado a pesar de que mi amigo creía que era importunaros.

Descubrió el capitán un ligero e involuntario parpadeo en los ojos de Van Troot.

—¿Sois marino? —preguntó Diego.

—No por cierto —replicó el otro con ligera entonación extranjera—. Soy comerciante. Me sentí atraído por las hazañas que de vos se contaban.

—Habláis muy bien el castellano.

—Soy flamenco —respondió Guillermo—, y un leal súbdito de Su Majestad. He venido aquí a causa de mi profesión.

* * *

Isabel paseaba inquieta por el jardín. Su pálido semblante indicaba el terror que la dominaba y sus temblorosos labios se movía» en una queda plegaria. Se retorció las manos con desesperación, mientras sus ojos vagaban por la casa como si buscase algo que pudiera solucionar sus pesares.

Sabía muy bien que no tenía salida la situación en que la habían colocado. Nada podía hacer para salir adelante. Y tampoco ignoraba aquella situación no podía continuar.

De improviso el esclavo negro, mirando a todos lados con los oídos muy abiertos, abrió la puerta enrejada que separaba el jardín de la casa y la figura de un hombre se recortó en el umbral.

Quedó inmóvil unos instantes contemplando a Isabel, que no se daba cuenta de su presencia.

Era el desconocido joven y de buena presencia, de abierta y simpática expresión. Vestía ropas oscuras y sencillas como los mercaderes. No era muy alto, pero poseía una robusta constitución. Con la mano derecha sostenía un ancho sombrero sin plumas ni adornos. Calzaba zapatos de cuero con hebillas de plata y medias blancas hasta el final de la pantorrilla.

—Isabel —murmuró. Se volvió sobresaltada la muchacha, y, con el más vivo terror reflejado en su semblante, corrió hacia el desconocido.

—Joao! —dijo—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás loco?

Joao sonrió tristemente:

—Quizá lo esté—respondió—, pero no puedo vivir sin ti.

—Si Diego te encuentra en la casa... Prefiero no pensar en lo que te ocurriría.

—Sé que se ha marchado —añadió Joao—. Estuve vigilando la casa y le vi salir.

Isabel se llevó la mano a la frente y se tambaleó. El joven se apresuró a sostenerla.

—¡Isabel! ¡Isabel! —exclamó asustado—. ¿Qué te ocurre?

La muchacha se repuso al instante y se apartó de Joao, que quedó con las manos caídas junto al cuerpo, cual la imagen de la desesperación.

—Basta que llegue ese hombre para que te alejes de mí —balbuceó.

—Temo por tu vida. Si nos encontrara juntos no dudaría un instante en darte una estocada y tu ni siquiera sabes manejar una tizona. Ten mucho cuidado mientras Diego esté aquí y no rondes la casa.

Joao no respondió al momento. Luego dijo:

—Es que le quieres. A pesar de tus protestas, le amas más que a mí.

Isabel corrió hacia él echándole los brazos al cuello y besándole repetidas veces.

—No digas eso. No dudes nunca de mi cariño —exclamó—. A él no le quise nunca. Me deslumbró su fama y su condición de capitán corsario. Pero eres tú el único hombre que he querido.

Joao la contempló con apasionada adoración.

—Entonces, ¿por qué no le hablas? ¿Por qué no le dices que nos queremos?

La muchacha cerró los ojos, abrumada por sus penas.

—Diego me salvó la vida y luego me ayudó cuando estaba sola en el mundo —explicó lentamente—. Me quiere mucho y me necesita. No puedo devolverle en mal el bien que me hizo.

—Déjame que yo hable con él —suplicó Joao.

—¿Tú? ¡Pobrecito mío, te mataría antes de que hubieras concluido de hablar!

—Entonces, ¿qué piensas hacer?;

Isabel negó con la cabeza. Se estrechó contra el joven y ocultó la cabeza en su hombro.

—No lo sé —dijo—. No sé nada, Lo único que me consta es que no puedo renunciar a ti.



El hombre que no conoció el miedo.

PANCHO VILLA

En pleno siglo XX
las aldeas americanas
que bordean el Río
Grande se estremecen
de terror.

Los peones y los
charros alzan sus ca-
rabinas para unirse a
la División del Norte.

Este episodio de la
epopeya del Oeste no
podía faltar en la pre-
ciosa colección

HOMBRES DEL OESTE

CAPÍTULO IX

UN INTRUSO EN LAS ANTILLAS

Joao da Silva, portugués como indica su nombre, llegó a Santo Domingo al día siguiente de partir Villegas en su viaje en busca de L'Olonais.

Vivía en Santiago de Cuba, dedicándose al comercio de cueros y artículos que importaba de España.

Marchó a Santo Domingo para ponerse en relación con los cazadores de pieles de la Española, reputados en todo el Caribe como los mejores. Deseaba asimismo hablar con don Diego de Villegas para ofrecerle condiciones por las pieles y otras mercancías por él rescatadas y cuyos propietarios no se conociesen.

Joao no conocía al corsario, pero le fué muy sencillo averiguar el domicilio del capitán. Pensó que allí encontraría a alguien que le indicase la fecha en que regresaría «El Antillano».

Una sirvienta india le hizo —pasar a una sala donde le recibió Isabel. El mercader quedó embelesado por la belleza de la muchacha. Casi no se enteró de lo que ella le decía, pendiente de sus rojos labios y atento únicamente a admirar sus hermosos ojos y sus movimientos elásticos.

Sintió una imperiosa necesidad de ver nuevamente a aquella mujer incomparable y mintió con descaro.

—Trafico en joyas y sedas y poseo un surtido que me gustaría mostrar a vuesa merced, señora mía.

Para Isabel, cuya vida era un continuo tedio cuando estaba sola y un continuo sobresalto cuando la acompañaba Villegas, poder charlar con el portugués resultaba un don inapreciable y maquinalmente dijo que sí.

Joao volvió al día siguiente, con una gran variedad de artículos que mostró a la muchacha. Charlaron animada-mente, discutiendo de la calidad de cada uno.

Isabel se fijó en un magnífico collar de esmeraldas, con una cruz de hueso. Según le refirió da Silva había sido construido por un cautivo cristiano de Argel, que lo tomó del cadáver de un sacerdote asesinado por los musulmanes.

A la muchacha le gustó mucho la joya y dijo que si Diego estuviese allí la compraría, pero que no encontrándose en la ciudad prefería esperar.

Muchas horas después, el portugués salió de la casa. Alonso, el criado negro, le acompañó hasta la puerta. Una vez allí el mercader

sacó una bolsa de dinero qué tendió al sirviente. Los ojos de éste se agrandaron aún más y sonrió.

—Gracias, mi amo.

Joao le tendió entonces el collar y alargándoselo al negro, dijo:

—Dáselo a la señora con, mis respetos.

—Alonso cumplió diligente-mente su cometido. Esperó a que Isabel estuviera sola en el jardín y se acercó a ella,

—Amita —anunció—. El caballero me ha dado eso para vuesa merced.

La muchacha quedó sorprendida, contemplando el collar que sostenía en el aire. Sonrió divertida y lo examinó con más atención. Reparó de pronto en el criado que permanecía a su lado, con una expresión de complicidad reflejada en su semblante.

El rostro de Isabel adquiría una súbita seriedad.

—Gracias, Alonso. Si te necesito te llamaré.

Se alejó el sirviente, pensando qué ventajas podría reportar para él aquel episodio.

Una vez a solas, la muchacha volvió a contemplar el collar y sonrió más abiertamente que antes.

Era delicada la atención que para ella había tenido maese da Silva. Le había agradado charlar con él y deseaba hacerlo de nuevo.

Súbitamente la sonrisa desapareció de su boca. No podía hacerlo. No estaba bien que en ausencia de Diego hablase con otro hombre.

Durante la cena casi no habló, limitándose a probar los platos que le servían. Después, como tenía por costumbre, salió al jardín.

Se sentó en una de las butacas contemplando el firmamento tachonado: de estrellas. El surtidor murmuraba quedamente y las flores bañadas por la luna esparcían sus perfumes hasta la muchacha. Al otro lado de la tapia se oía el bullicio de la ciudad marinera, cuya vida comenzaba con el crepúsculo. Eran muy distintos sus ruidos. Se escuchaban carcajadas y gritos, a veces el rumor de una pelea y un enamorado que cantaba una serenata.

Se dijo la joven que a ella jamás vendrían a darle serenatas. Se arrepintió de este pensamiento. Tenía a Diego, que la quería mucho. Pero enseguida creyó que si tanto la quisiera no la abandonaría para dedicarse a saquear naves.

Nuevamente se arrepintió de haberlo pensado. El capitán no saqueaba buques, perseguía a los filibusteros y gracias a esta ocupación había salvado ella la vida. Aunque para lo que le servía quizá más valía haber muerto. Se pasaba las horas entre las encaladas paredes de aquella dorada y lujosa prisión, carcomida por el tedio.

En Valencia, antes del nefasto viaje a las Antillas, podía charlar con muchachas de su edad y asistir a meriendas campestres, donde los jóvenes le hacían la corte. En aquella odiosa población de aventureros

bravucones y rudos marineros-se encontraba siempre sola.

Sentía en verdad unos grandes deseos de charlar con el mercader, pero no le parecía bien hacerlo. Claro que tampoco estaba bien conservar el regalo. A la mañana siguiente se lo enviaría a Joao. A la mañana siguiente preguntó a Alonso si sabía dónde se hospedaba el mercader. Asintió el negro, esperando nuevos regalos.

—Pues ve y devuélvele este collar. Dile que se lo agradezco mucho pero que no puedo aceptarlo.

Muy contrito, el criado se encaminó a la posada y preguntó por Joao. Este acudió presuroso, imaginando toda clase de venturas,

Alonso le transmitió el mensaje y entregó el collar. Da Silva quedó entristecido, contemplando el regalo que le habían devuelto.

Entonces el negro le refirió la alegría de su ama al recibir el presente. Como lo había examinado y la sonrisa de dicha que florecía en sus labios. Luego recapacitó y pensó que no era adecuado que lo aceptara, pues el capitán no estaba en Santo Domingo. La apenaba mucho su amita, exclamó con desolada expresión; estaba siempre sola y aburrida. Si el «magnífico señor» lo deseaba podía él acompañarle. Estaba seguro de que su amita se alegraría mucho de verle.

Y al decir esto el negro tendió la mano. Joao le entregó una bolsa de dinero y se dispuso a seguirle. Deshecho en sonrisas y genuflexiones, Alonso guió a da Silva hacia la casa.

Estaba muy contento. Aquella amistad de su ama le proporcionaría a él grandes beneficios. De pronto, ante sus ojos cruzó la altiva figura de un hidalgo, con una mano en la empuñadura de la espada y la capa al brazo. Igual a don Diego, se dijo el negro. Sin saber por qué se estremeció. Si el capitán, llegaba a enterarse de que había guiado al mercader hasta su casa era capaz de desollarle vivo.

Pensó visitar aquella tarde a una hechicera que, pagando lo que le pidiera, le hiciera un buen amuleto.

Llegaron a la casa y una india le abrió la puerta.

Con mucho sigilo, Alonso guió a Joao hasta el jardín.

Isabel paseaba bajo los árboles que cubrían la tierra de sombras. Aunque mantenía alta la cabeza, parecía abatida y desolada.

El negro se alejó, dejando solo a da Silva, que se apresuró a cruzar la puerta enrejada.

La muchacha se sentía muy desgraciada. Sin poder explicar la razón hubiera deseado morir. Cualquiera cosa era mejor que encerrarse entre aquellas paredes enjalbegadas que la recluían como una prisión, sin más trato que unos corsarios feroces y temibles.

De pronto oyó unos quedos pasos sobre la grava. Se volvió sin entusiasmo creyendo que se tratada de Alonso, y no pudo contener un grito.

Joao da Silva permanecía junto a ella, con el sombrero en la

mano.

—A vuestros pies, señora.

Se serenó Isabel un tanto y preguntó:

—¿Cómo habéis entrado?

—Por la puerta, señora.

La muchacha se cubrió las mejillas con las manos.

—¿Para qué habéis venido? —quiso saber.

El mercader le mostró el collar.

—Me lo devolvisteis y he venido a rogaros que lo conservéis.

Había tanta súplica en sus ojos que Isabel se ablandó.

—Sabéis muy bien que es imposible. No debo aceptar regalos de un hombre.

Joao sonrió con tristeza.

—A un moribundo no se le debe negar nada. Hacedos la idea de que he muerto, ya que desapareceré de esta isla para siempre.

Vencida por completo, la muchacha aceptó el regalo. Después, como ya estaba en la casa, le invitó a tomar una taza de chocolate.

Alonso les sirvió, con una ardiente sonrisa de satisfacción. Aquel mercader prometía ser una bendición para el esclavo. Los dos jóvenes charlaron alegremente durante mucho rato.

Joao había marchado al Caribe como representante de su padre, que residía en Lisboa. Al hablar de su ciudad 'natal se humedecieron los ojos del portugués.

Vivía su familia en una casita sobre el mar. No estaba lejos de Lisboa y con frecuencia llegaban hasta allí partidas de caballeros que iban de caza.

Asimismo pasaban en la ciudad los meses de frío y Joao se entusiasmaba al referir su vida plácida de Lisboa.

Isabel sintió un invencible anhelo por la vida de Europa. Necesitaba encontrarse en un lugar donde no la oprimiese aquel sofocante calor, donde no existiera el abigarrado colorido de las islas, lejos de los hombres de guerra, dispuestos siempre a desenfundar la espada.

Intimaron mucho y da Silva visitó con frecuencia a la muchacha. En algunas ocasiones paseaban juntos a caballo. Al lado del mercader la joven recobró su antigua alegría y con frecuencia los sirvientes la oían cantar por el jardín mientras arreglaba las plantas, faena por la que jamás sintió el menor interés.

El comerciante fue pródigo en propinas que repartió entre la servidumbre. Alonso se convirtió en un celoso defensor de Joao, a costa de quien había reunido pequeño capital.

La única nube en la feliz existencia del negro era la vuelta de don Diego, pero como éste tardaba más que de costumbre supuso que los sortilegios de la bruja le habían hundido en el océano.

Una mañana, da Silva se presentó en casa de Isabel con un paquete debajo del brazo. Su semblante revelaba una seriedad como hasta entonces no demostrara jamás.

La muchacha le recibió sonriendo como de costumbre.

—¿Qué os ocurre, caballero? —preguntó con burla.

Joao nada respondió de momento, quedando en pie ante la muchacha.

—Vamos-le apremió ella —. Decidme qué os sucede.

Da Silva le dirigió una penetrante mirada y explicó:

—He venido a despedirme. Debo regresar a Cuba.

Un grave silencio siguió a estas palabras. Isabel no se atrevió a hablar. Tras una. Pausa, el comerciante le entregó el paquete que traía.

—Es un regalo para vos, señora. Quisiera que así me recordais

La muchacha no respondió tomando automáticamente el regalo. Una combinación de ideas se debatían en su cerebro, pero tan solo un pensamiento aparecía claro. No podía comprender una existencia en la que Joao no tuviera parte. Fue su única alegría y ahora se marchaba para siempre, dejándola sola, en la mas terrible de las soledades

Dos lágrimas brotaron en sus ojos y se deslizaron por sus mejillas hasta caer sobre su regazo.

—¡Isabel!

Joao se había arrodillado junto a ella, tomando sus manos. La muchacha le miró un instante y luego le echó los brazos al cuello, sollozando.

—¡No me abandones nunca!

Da Silva no se marchó de Santo, Domingo. Propuso a la muchacha que huyera con él, pero la joven se negó. Le debía mucho a Villegas, no podía abandonarle sin una explicación.

Era mejor esperar a que regresara y entonces... Haría todo lo posible por decírselo. Pero Isabel sentía un escalofrío al imaginarse la mirada ardiente y dura de Diego, fija sobre Joao, del mismo modo que contemplaba a aquellos bucaneros. Sabía que a una seña suya cualquiera, de sus corsarios se lanzaría a despedazar al mercader y quizá su pobre Joao cayera en manos del terrible Fajeda.

Prefería no pensar en lo que podía ocurrir. Vivirían al día, consolándose en su amor.

Pero al encontrarse en presencia del capitán, las palabras sé anudaron en su garganta y calló, consumida por la más grande desesperación.



LOS HERMANOS DALTON

¡LOS DALTON CABALGAN!

En la tierra que Dios le ha
dado a todos los hombres, se dice
que el hombre es libre, es libre
de elegir su camino, es libre
de elegir su destino.

Los hombres
que son libres
son los que
son libres.

Los hombres
que son libres
son los que
son libres.

Novela publicada
en el número 13
de la colección
**HOMBRES
DEL OESTE**

despreciable la muerte y todo aquello que es.

La conciencia de los Dalton dejó en él
que hoy en día se habla.

Indicados por una injusticia, los Dalton
con ciertos halos a los guardianes que lo
son enemigos.

¡LOS DALTON CABALGAN!

CAPITULO X

TIZONAS EN LA NOCHE

La obscuridad dominaba las calles de Santo Domingo. Tan sólo de trecho en trecho algún faro de aceite «parda un débil resplandor. La luna no había salido aún y la noche semejaba más oscura a causa de las casas que ocultaban en parte el brillo de las estrellas.

Villegas avanzaba envuelto en su capa. A poca distancia le seguía Fajeda sosteniendo un farol que iluminaba su camino.

Cruzaron la ciudad, que en aquellas horas se veía llena de gente, y se encaminaron al palacio del gobernador. Al parecer poseía algunos documentos que debía mostrar al capitán y había creído más oportuno recibirle de noche.

Pero silbaba una vieja saloma¹⁷ y como su amo no parecía dispuesto a hablar guardó silencio.

Cruzaron las callejuelas del puerto hasta llegar al iluminado palacio. En la entrada montaban guardia unos soldados, con el arcabuz al hombro. Al ver venir a Diego detuvieron sus pasos y cruzaron las armas.

—Paso al capitán Villegas —anunció el escudero.

Se apartaron los soldados, saludando respetuosamente al corsario. Pedro quedó de charla en el cuerpo de guardia y el aventurero entregó la capa y el sombrero a uno de los criados.

Se sorprendió al ver la animación que reinaba en los salones del palacio.

Las arañas de prismas derramaban su luz sobre los engalanados oficiales y la «escotadas damas que evolucionaban a los compases de una orquesta.

El gobernador salió al encuentro del corsario.

—Bienvenido, señor capitán —exclamó.

Villegas saludó con una reverencia.

—Suplico a vuestra excelencia que me excuse. Ignoraba que celebraseis una recepción y no me vestí como requería el caso.

—El capitán de «El Antillano» —respondió el gobernador— tiene siempre entrada en mi palacio. Aunque os presentarais con las ropas de Adán.

Varias damas sonrieron a Diego, inclinando la cabeza para charlar con sus amigas. Se comprendía al instante que comentaban algo acerca del aventurero.

Una hermosa muchacha, hija del gobernador, se acercó a su padre.

—Sois muy caro de ver, señor capitán.

Villegas se inclinó.

—De haber sabido que notabais mi presencia hubiera acudido cada día a vuestra casa.

Otras muchachas, envalento-nadas por el ejemplo de la hija del gobernador, se apresuraron a rodear al corsario.

—Creíamos que el capitán se encontraba más a gusto en el mar que en nuestra compañía —dijo una.

—Quizá prefiere la música de sus cañones a las pavanas.

El gobernador se apresuró a intervenir.

—Necesito hablar con el capitán. Luego le dispensaré de toda obligación.

Se dirigieron ambos al despacho del primero. El gobernador indicó una butaca al joven y él a su vez se sentó.

—Se han recibido unos despachos de Cuba que os conciernen a vos, Diego —comenzó a decir—. Ha surgido un nuevo buque que asalta nuestras naves.

—¿Otro capitán filibustero?

—No, éste es un pirata. Se sabe que no respeta nacionalidad ni banderas. Lo mismo nos ataca a nosotros que a los ingleses o a los franceses. Su buque carece de nombre, pero lleva una buena tripulación. Saben combatir.

—¿Su buque no tiene nombre? —repitió Villegas extrañado—. ¿Y él cómo se llama?

—Los navegantes empiezan a conocerle por «La Máscara» a causa de que va siempre con el rostro cubierto por una careta de cuero en forma de faz humana.

Diego enarcó las cejas.

—Es muy extraño esto —comentó.

—Cierto —aprobó el gobernador.— Nadie jamás ha logrado verle la cara. Pero dicen los marineros que es él quien dirige los más feroces ataques al abordar cualquier buque que encuentran.

Alargó hacia Villegas unos pliegos y agregó:

—Estudie los informes que aquí le dan. Ahora si gusta puede regresar a los salones.

El corsario se puso en pie.

—Ruego a vuestra excelencia que me excuse pero un comerciante flamenco me ha citado en la «Posada del Mar».

* * *

La «Posada del Mar» era una de las más antiguas y afamadas tabernas del puerto de Santo Domingo. Fué fundada por un antepasado del propietario actual unos años después de la fundación

de la colonia.

Era una amplia habitación, de paredes encaladas, situada a un nivel más bajo que la calle, de modo que para entrar en ella era necesario descender algunos escalones.

Las paredes, que en un tiempo fueron blancas, se veían ennegrecidas por el humo de los guisados, de los faroles y los hachones que alumbraban débilmente el local y por el paso de los años. Asimismo habían contribuido a ennegrecerla las manos sucias de varias generaciones de parroquianos.

El techo estaba formado por varias bóvedas que sostenían unas gruesas columnas.

En un extremo de la sala se veía una ancha chimenea, donde siempre ardían unos leños y donde, a la vista del público, se cocinaban los platos que hubieran pedido. Suspendidos del techo, junto a la campana de la chimenea, se veían las ristras de longanizas, jamones y «canales» de cerdo¹⁸.

Varias mesas rodeadas de escabeles ofrecían un descanso al cliente. Varias hileras de toneles invitaban a gustar los vinos de aquel lugar.

Cuando entraron Diego y Fajeda el local se veía atestado de marineros, de pescadores, de soldados, de corsarios y de hidalgos sin fortuna,

Al ver al capitán de «El Antillano», se descubrieron todos, saludándole con gran res-peto. El mesonero acudió presuroso, abriéndose camino entre la multitud que llenaba la sala.

Villegas buscó con la mirada a Van Troot, quien se sentaba solo en un extremo. Fué a su encuentro el capitán, mientras Pedro se reunía con un grupo de corsarios.

—Excusad mi retraso, señor Van Troot —suplicó el aventurero—. Pero me entretuvieron en el palacio del gobernador.

Se acercó una de las mozas del mesón, sirviendo el vino preferido de Diego. Llenó los vasos el joven y, alzando el suyo, brindó:

—A vuestra salud, señor.

Una vez apuraron sus cubiletes, volvió a decir Villegas:

—Estoy a vuestra disposición, caballero. Os agradecería que me informaraís de para qué me habéis citado aquí.

Guillermo se atusó el bigote y tras breve silencio declaró:

—Ya os dije que era mercader y me atrae hacia vos un interés puramente comercial. —Carraspeó ligeramente y continuó:— Sé que podéis vender todas las mercancías que capturáis en el mar y cuyos propietarios no se conocen. Entre éstas figuran muchas joyas y ése es precisamente mi comercio. Estoy dispuesto a pagaros mejores precios que los demás, si me concedéis el privilegio de elegir las que me convengan.

Diego le miró un instante.

—Por mi parte no hay inconveniente, pero os prevengo revendo que a antes de venderla se reparten entre la tripulación, de modo que es con mis hombres con quien debéis tratar.

Van Troot asintió.

También quería proponeros otra cosa —continuó diciendo—. Quisiera que me concedieseis el privilegio de abastecer vuestro buque de todo aquello que necesitéis.

Me agradaría complaceros, pero al armarse en corso «El Antillano» concedí ya ese contrato a unos mercaderes de Santo Domingo.

—Estoy dispuesto a ofreceros mejores condiciones —agregó Guillermo.

Villegas negó con la cabeza.

—Tienen ya mi palabra y jamás la rompo.

Continuaron charlando durante unos instantes y después se despidieron. Villegas invitó a beber a algunos de sus hombres y luego salió a la calle en compañía de Fajeda.

Debido a lo avanzado de la hora, muy poca gente circulaba por las calles. Únicamente de cuando en cuando se cruzaban con algún marinero borracho, o con algún hidalgo trasnochador.

Ninguno de los dos hablaba, cosa rara entre aquellos dos hombres hermanados por una vida ruda y accidentada.

Sus pasos resonaban en el silencio de la noche al pisar sus suelas la grava de las calles.

De pronto, el catalán, que veía en la obscuridad a causa de una larga práctica en correrías nocturnas, sin detenerse informó a su amo:

—Esté atento vuesa merced, que veo seis hombres ocultos en la sombra y me recelo que no resulten muy cristianos sus propósitos.

Villegas fijó los ojos en el lugar indicado por el escudero y respondió:

—Pues si es a nosotros que aguardan, démonos prisa y acabemos cuanto antes.

Con paso decidido se encaminaron hacia las seis sombras que permanecían adosadas a las paredes.

Cada vez percibían con más claridad sus cuerpos ocultos en la obscuridad.

De pronto, los seis hombres cargaron con los aceros desnudos sobre los corsarios. Lanzaban gritos de júbilo, al tiempo que pretendían rodear al capitán y a su escudero.

Villegas enrolló la capa en el brazo izquierdo y desenvainó la tizona. La hoja desnuda, saltó ante los ojos de los asesinos, deteniendo su ataque.

Fajeda arrojó el farol contra el semblante de uno de ellos, que

cayó al suelo con la cara ensangrentada. Luego requirió sus armas. Empuñó su espada de soldado y su puñal berberisco, presentando una guardia cerrada a sus adversarios.

Mientras su acero amenazaba los pechos de los asesinos, el puñal desviaba las hojas que le dirigían estocadas.

Este sistema de lucha, practicado por los espadachines italianos, requería gran fuerza física, un gran conocimiento de la esgrima y una rapidez mental que permitiera ambas manos moverse por separado.

Desvió con el curvado puñal un acero que amenazaba su garganta y dirigió una estocada al asesino, que tenía más cerca. Lanzó éste un gemido y cayó al suelo. Se encontraba tan sólo ante un adversario. Sus armas chocaban con furor. Sabían que nadie iba a dar cuartel, que allí debía morir uno de los dos.

Nuevamente, con su puñal. Pedro paró una estocada al pecho y al mismo tiempo se tiró a fondo.

Un alarido de muerte se extendió por la calle y el tercero de los espadachines se desplomó, retorciéndose en la agonía. Se volvió el catalán para ver si su señor necesitaba ayuda.

El hombre que recibiera el linternazo se agitaba como si fuera a levantarse. El escudero le pinchó descuidadamente al pasar.

Mientras, Villegas se había enfrentado con tres asesinos. Uno le dirigió una estocada que el capitán desvió con la capa y se tiró a fondo, atravesando al contrario de parte a parte.

Libre de una de las espadas enemigas y debiéndose enfrentar tan sólo con dos enemigos, se lanzó sobre ellos, esgrimiendo ágilmente su tizona.

Saltaba sin cesar de un lugar para otro, esquivando las estocadas de sus adversarios.

De pronto, Fajeda corrió hacia él, gritando:

—No se desanime, señor capitán.

Furiosamente atacó a uno de los asesinos, obligándole a replegarse.

Diego se enzarzó a estocadas con el que quedaba, mientras reía muy divertido. Lanzó su acero hacia el espadachín, ocasionándole un tajo en la mejilla.

Lanzó un grito el desconocido y sin aguardar otra estocada echó a correr, perdiéndose en la noche.

Mientras, Pedro cortaba la garganta a su adversario.

Se miraron los dos amigos y sonrieron con triunfo.

—Parece que hemos vencido —dijo Diego.

—Como siempre.

Fajeda recobró el farol y lo encendió como pudo, acompañando al capitán hasta su casa.

Luego se alejó hacia una posada donde solían jugar a los dados

hasta muy tarde.

Buscó entre la concurrencia a cuatro amigos suyos, tripulantes también del corsario.

Hizo una seña y diligentemente se acercaron los aventureros.

—¿Qué deseas, Pedro?

—Necesito que le hagáis un favor al capitán.

Uno de los corsarios, que lucía un parche negro en un ojo se acarició la empuñadura de la daga.

—¿A quién hay que matar?

—No es eso —replicó Fajeda—. Es necesario que...

CAPITULO XI

FAJEDA HACE AVERIGUACIONES

Al día siguiente, Pedro se levantó muy temprano. Tan pronto, que cuando Alonso salió al jardín para regar las flores le encontró sentado, fumando la pipa.

El negro sentía un respeto temeroso por aquel escudero del capitán, que vivía siempre en continuo luchar.

—Buen día, señor soldado. El catalán respondió al saludo, y cuando el negro se disponía a comenzar su trabajo, le llamó el corsario.

—Oye, Alonso.

Se volvió muy solícito el negro. Pedro había dejado la pipa sobre una mesa y avanzaba acariciándose la empuñadura de su puñal.

Esto sobresaltó a Alonso, cuyos ojos se agrandaron ostensiblemente. Pero el catalán no parecía, animado por malos instintos. Sonreía abiertamente y no se apresuró.

Sin tranquilizarse del todo, el negro aguardó temeroso a que llegase el escudero.

—Eres un buen muchacho, Alonso —exclamó, palmoteándole la espalda—. Yo te aprecio mucho.

El negro lució su blanca dentadura, aliviado por completo.

—Sí —añadió él catalán—. Te aprecio de veras. Supongo que querrás ser mi amigo.

El criado juró y perjuró que no deseaba otra cosa con más interés en el mundo.

—Bien, pues, entonces —continuó el escudero—, te pido que me hagas un favor.

—Ordenadme lo que gustéis, porque estoy a vuestras órdenes.

Fajeda sonrió, sin apartar la mirada del semblante del negro, que también sonreía. Por un instante rieron los dos como si se tratase de los mejores amigos del mundo.

—Desearía que me explicaras lo que ocurre aquí mientras estamos fuera.

Alonso dio un respingo y su risa se convirtió en una mueca de terror. Sus grandes ojos se ensancharon aún más y se hubiera dicho que palidecía.

Pensó en huir, pero la mano del escudero descansaba en la empuñadura de su puñal y Alonso sabía la habilidad del corsario en su manejo.

Fajeda avanzó hacia el negro, acorralándole en un rincón del

jardín.

—Vamos, Alonso —exclamó—. Será mejor que me lo cuentes. Tú eres mi amigo, ¿verdad?

El criado temblaba como una hoja. ¿De qué podían servirle todos sus ahorros si aquel feroz corsario le rebanaba el cuello? Maldecía a da Silva y el momento en que apareció en aquella casa.

La voz de Pedro era burlonamente amable, pero se advertía un tono de amenaza.

—Alonso, no seas insensato. Yo soy amigo tuyo. Confía en mí y no ternas. ¿Qué ocurre en esta casa cuando no está el amo?

El negro, incapaz de articular palabra, negó con la cabeza. Las piernas le flaqueaban y se sentía mareado.

—Te invito por última vez —añadió Fajeda—. Cuéntame lo que te pido. Pero si no quieres... —agregó.

Respiraba algo tranquilizado Alonso, cuando el catalán le aferró por el jubón.

—¿Prefieres que te obligue a hablar? —dijo, mordiendo las palabras.

Le zarandeó con fuerza, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Quieres que te desuelle?

Alonso negó con la cabeza.

—Si no hablas —continuó el corsario—, te ataré a la boca de un cañón y te dejaré allí hasta que mueras de hambre.

El criado se echó a temblar. No tenía más remedio que obedecer. Aquel hombre era muy capaz de cumplir sus amenazas.

Pedro desenfundó su puñal cuya hoja relampagueó en el aire.

—¿Vas a hablar?

Alonso cayó de rodillas, incapaz de sostener la mirada del catalán y relató con voz entrecortada todo lo, que había ocurrido, y que Fajeda escuchó con interés.

Poco después se levantó Villegas y una vez concluido el desayuno anunció que debía ausentarse de la casa y que Fajeda quedaba libre de hacer lo que gustase. FJ catalán declaró que debía salir y que le agradaría que le acompañase Alonso.

Cuando Isabel quedó sola, se sentó en el jardín y ocultó el semblante entre las manos. Cada día resultaba más insostenible su situación. Por una parte, deseaba marchar con Joao, y, por otra, no se atrevía a explicarle a Diego que amaba a otro hombre. Temía su reacción viril, que caería sobre el mercader. Además, huir con da Silva no solucionaría nada, ya que Villegas les perseguiría hasta el fin del mundo y no habría fuerza capaz de protegerles de su venganza. Ella no deseaba abandonar al corsario, sin explicarle los motivos que la obligaban a hacerlo, pero no se atrevía a enfrentarse con Diego.

Oyó a su espalda unos pasos que conocía muy bien. Se volvió

para encontrarse con da Silva. Con una sonrisa de amarga felicidad, tendió las manos al mercader, Joao las tomó llevándoselas a los labios y luego la miró con afán.

—Aun no le he hablado-se apresuró a decir la muchacha, adivinando la muda pregunta.

El semblante del mercader reveló una profunda desesperación.

—¿Es que nunca vas a hacerlo? —se dolió—. ¿Es que-jamás podremos estar juntos para siempre? Me ahoga este misterio. El secreto en que debemos llevar nuestros amores me resulta un tormento. Quiero tenerte conmigo y siempre. Sin necesidad de separarme porque llega un corsario. Déjame que yo le hable.

Isabel se estrechó contra el mercader.

—No seas loco —le reconvinó—. ¿Cómo vas a enfrentarte con el capitán Villegas? Te descerrajaría un, tiro antes de que acabaras de hablar. —

Callaron los dos enamorados, vencida ella, por su desesperación y oprimido él por su inferioridad ante un aventurero.

—¡Traidores!

La voz resonó a sus espaldas como un disparo.

Se volvieron los jóvenes y la muchacha lanzó un grito de terror, al tiempo que Joao palidecía.

Ante ellos se veía a Fajeda, algo encogido, como una bestia que se dispone a lanzarse al ataque. Todos sus músculos parecían envarados, prestos a dispararse. Sus ojos llameaban, iluminados por el ansia de matar, y sus fruncidos labios semejaban, un cepo de acero.

—¡Traidores! —repitió—. Yo te ajustaré las cuentas, barbilindo.

Empuñó su curvado puñal berberisco y dio un paso al frente. Isabel comprendió enseguida su intención y se colocó ante Joao para servirle de escudo con su cuerpo.

—No, Pedro —suplicó—. No le mates.



—No, Diego, no le mates.

—Apartaos, señora —profirió el escudero—. De mi capitán no se burla un mercanchifle.

Avanzó con el puñal en alto. Estaba dispuesto a hundirlo en el cuerpo de da Silva. De pronto, un objeto duro le golpeó la muñeca, obligándole a soltar el arma. Se volvió Fajeda como una fiera, buscando al hombre que le había atacado. Villegas permanecía a su lado, empuñando una pistola, con la que desarmó a su escudero.

—Contente, Pedro —dijo con tono autoritario.

Obedeció el corsario, lanzando miradas de odio a los dos jóvenes, que permanecían abrazados.

—Capitán-exclamó —. Esos traidores...

—Lo sé —le interrumpió Diego.— Por eso estoy aquí.

Isabel contempló con terror la negra boca de la, pistola que les apuntaba. Había visto a Joao muy cerca de la muerte. Tan cerca, que aun temblaba. Sabía que Fajeda no se hubiera atrevido a matarla a ella y esto la desesperaba aún más, pues no deseaba seguir viviendo si moría el joven. Confiaba en que Diego la mataría a ella primero.

—Ese hombre —añadió Fajeda— fué quien pagó a los espadachines que nos atacaron anoche.

Pedro clavó sus ojos en el mercader y dijo:

—Capitán, déjeme hundirle mi puñal en ese cuello tan delicado.

—Calla ahora-le ordenó el corsario.

El escudero recobró su arma y permaneció al lado de su amo aguardando que éste diera una orden para cortarle la garganta al mercader.

Isabel no ignoraba que a la más leve indicación del aventurero, aquel feroz corsario se lanzaría sin piedad sobre Joao.

—Confío, Pedro —dijo el capitán—, que no habrás matado a Alonso.

—No, señor. No fué necesario Le dejé al cuidado de unos amigos para que no previniese a ese perro traidor.

—Bien —continuó Villegas— si fueras un caballero o un soldado —le dijo a Joao— me batiría contigo.

Da Silva se irguió con furor.

—Jamás manejé una espada —exclamó—, pero estoy dispuesto a luchar cuando sea.

Isabel se apretujó contra el mercader.

—No, Diego. No le mates. Yo sólo le quiero a él.

La sonrisa de Villegas se hizo más dura y en sus ojos brilló un destello, como el de un hombre azotado.

—Nunca te tuve por ingrata —dijo—. Ni jamás te creí capaz de una traición tal.

—Nadie se puede fiar de las mujeres, capitán —intervino Fajeda.

—No es lo que tú te figuras —exclamó la muchacha—. Déjame que te explique.

Villegas se encogió de hombros.

—Haz lo que gustes.

Sin apartar los ojos de la pistola que descansaba sobre la mesa, Isabel comenzó a decir:

—No sé cómo explicarte cómo era mi vida aquí. Rodeada siempre de corsarios, sin la compañía de una mujer a la que pudiera llamar

amiga. Sola casi siempre, encerrada entre cuatro paredes. Creía morir de desesperación. Un día conocí a Joao. Vino a preguntarme cuándo regresarías de tu viaje. Trabamos amistad y comprendí que no podría separarme de él. Cuando me refería su vida en Cuba, me repetía yo que aquella era la existencia con la que soñaba. Me habló de la casa de sus padres en Lisboa. La casa donde yo desearía vivir, lejos de este mundo turbulento y cruel. Añoro la tranquilidad de la vivienda de mis padres. —Hizo una pausa la joven y agregó:— Pensé decírtelo y pedirte que me dejaras marchar con Joao. Sé que te debo la vida y que debo —obedecerte.

Abatió Isabel la cabeza. Da Silva la sostuvo para que no cayese, mientras Fajeda clavaba en ellos sus ojos, rogando que su amo le ordenase acabar con aquel mercancharfle que se atrevía a burlarse del capitán Villegas.

Diego nada dijo —. La expresión de su semblante era casi cruel. Sus dedos se cerraron sobre la culata de la pistola.

En aquel momento se oyó en el pasillo un rumor de pasos y de voces que se acercaban al jardín.

CAPITULO XII

LA COLERA DE LA TRIPULACIÓN

Rodeando a un hombre maniatado, cuatro corsarios entraron en el patio. Uno de ellos lucía un parche negro sobre el ojo. Los cuatro aventureros, fuertes, morenos y curtidos, sonreían con la satisfacción del deber cumplido. Su prisionero era enjuto y nervioso, vestía ropas de ciudad y miraba a todas partes con recelo. En la mejilla tenía una herida muy reciente.

—Con Dios, capitán —exclamó el tuerto—. Fajeda, aquí está el hombre que buscabas.

—¿Qué hicisteis, con el negro? —preguntó el escudero.

—Lo dejamos maniatado en casa.

—Bien —dijo Pedro. Luego, volviéndose a Villegas—: Señor, este es uno de los hombres que nos atacaron ayer.

Diego se volvió asombrado.

—¿Estás seguro?

—Ayer, antes de acostarme, fui a visitar a estos camaradas y les informé de lo que había ocurrido, rogándolas que buscasen a un hombre con un tajo en el carrillo.

—Le encontramos pronto y al principio negaba que él hubiera atacado a vuesa merced, pero pronto le convencimos para que confesara —explicó un corsario sonriendo satisfecho.

—¿Le habéis hecho algunas preguntas?

—No, señor capitán. Eso no era de nuestra incumbencia.

El aventurero contempló a sus hombres, que a una sola indicación obedecían sin pedir jamás explicaciones.

—Pedro —dijo—, quédate aquí con dos camaradas vigilando a esa pareja. Que vaya uno a buscar a Alonso. —Luego le indicó al tuerto—. —Llévate, a este hombre a la bodega.— Dirigió una mirada a Fajeda y agregó: —Te prohíbo que, les hagas ningún daño.

Se marchó Villegas, dejando perplejos a los corsarios, que contemplaban extrañados a Joao y a Isabel. Luego se volvieron hacia el catalán,

—¿Qué ocurre, Pedro? —preguntaron.

Fajeda, de mala gana, relató lo que había ocurrido. Los dos enamorados escuchaban las terribles palabras que salían de los labios del escudero.

—Yo lo hubiera arreglado muy pronto —dijo el corsario, pasándose significativamente el pulgar por la garganta—. Pero el capitán me lo prohíbe. Yo creo que es ese mercachifle quien pagó a los

espadachines para que asesinaran a nuestro jefe.



Prorrumpieron en maldiciones los corsarios. Sus ojos se clavaban con ferocidad en Joao, mientras acariciaban las empuñaduras de sus armas.

—¡Cuernos del Diablo! —rugió uno de ellos—. Te enseñaré yo a traicionar a los hombres de bien. Mientras, el capitán persigue a los bucaneros tú aprovechas su ausencia para enamorar a su dama.

Fajeda presenciaba la furia de sus amigos con gran contento. Quizá a alguno se le escapara la mano y aquel sucio perro dejaría de molestar.

—Ve a buscar al negro, Menegas —le dijo a un corsario de obscura barba.

Este obedeció de mala gana, dirigiendo salvajes miradas al mercader.

Aterrorizada, Isabel con-templaba a los hombres de guerra, bravos y sanguinarios, que, al vivir en constante relación con la muerte, no daban valor alguno, a la existencia humana.

Menegas salió a la calle, sintiendo en su pecho bullir un volcán

de indignación. No comprendía cómo se había contenido. Debíó acuchillar sin piedad al mercachifle.

Cuatro soldados de «El Antillano» le llamaron desde un mesón. El corsario se acercó a saludarles.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido?

Negaron los otros.

Menegas les relató lo que viera en casa del capitán. Cuando se alejó, seguían maldiciendo los aventureros. Uno de ellos exclamó:

—Pienso, señores, que a nosotros nada nos ha prohibido el capitán. Podríamos hacerle una visita a ese perro bailarín.

Aprobaron entusiasmados sus compañeros, cuando otros corsarios que bebían en el mesón quisieron saber qué ocurría. En cuanto se enteraron, comenzaron a maldecir y a jurar. Pareció que la noticia se extendiera como la pólvora. Nuevos grupos de aventureros que se habían cruzado con Menegas llegaron al mesón. Braceaban excitados y cubrían de amenazas a los comerciantes de Santo Domingo.

El que llevaba la voz cantante, un extremeño enjuto y renegro, exclamó:

—Voy a verme las caras con ese mercader.

Salieron del mesón, dirigiéndose hacia la residencia, del capitán. Por la calle, contemplaban asustados los transeúntes a aquel grupo de veinte corsarios excitados y furiosos que marchaban con amenazadora expresión.

Llegaron ante la casa de Villegas y golpearon la puerta con fuerza. Abrió Fajedá.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Venimos a dar a ese mercachifle una lección de modales —dijo el extremeño.

Se apartó Pedro y con una sonrisa señaló hacia el jardín. Tranquilamente siguió a los corsarios.

Cuando vio que se dirigían hacia los enamorados, llenó su pipa y se sentó en la mesa, fumando plácidamente.

Isabel contempló con horror los curtidos semblantes que avanzaban hacia ella. En ninguno distinguió el menor signo de piedad; se veían contraídos por el furor. Habían acudido para vengar a su jefe y nada podría detenerles.

Veinte pares de ojos negros y llameantes buscaban un lugar para hundir las armas que acariciaban sus manos nervudas.

Comprendió la muchacha que su pasión había traído la muerte sobre Joao.

Los corsarios consideraban como suya la ofensa inferida al capitán, y tan sólo conocían una manera de vengar los ultrajes: con la muerte. No existía ninguna probabilidad de salvación. Da Silva, hombre de pacíficas costumbres, no resultaría un enemigo peligroso

para aquellos hombres que no —conocían otra profesión que la guerra. Bajo sus armas resultaría una fácil víctima.

Joao, por su parte, vio cómo se acercaba la muerte, retratada en los ojos de los aventureros del mar. Le acuchillarían sin piedad, o quizá le pegaran un tiro.

Los corsarios rodearon a los enamorados. Sus figuras musculosas, curtidas por el sol y por los vientos; del océano, semejaban más imponentes y más sombrías a causa de sus abigarradas ropas. En sus pupilas se reflejaba el odio que sentían por el indefenso joven. Las manos morenas acariciaban las empuñaduras de los aceros y las culatas de las pistolas.

Por un instante, contemplaron en silencio a los enamorados. Los dos jóvenes sintieron entonces su insignificancia y lo desvalidos que se encontraban ante los aventureros del mar.

El extremeño habló por fin:

—Venimos a matarte, perro traicionero.

Joao algo pálido, pero sereno, respondió:

—Dadme un arma y lucharé con cualquiera de vosotros.

Se oyó una risotada. Un marinero gigantesco exclamó:

—Tú no mereces luchar. Vamos a ahorcarte.

Isabel dio un grito y se colocó a modo de escudo ante el mercader.

—¡No le hagáis, nada! —gimió.— ¡Soltadle!

Pero los corsarios se abalanzaron sobre da Silva, intentando separarle de la machadla. La joven se aferró con todas sus fuerzas a su amado, mientras éste pugnaba por desasirse de los musculosos brazos que hacían, presa en él. Los aventureros golpearon con saña al mercader. Le zarandearon furiosamente, mientras le cubrían de injurias. Joao se defendía débilmente y la joven chillaba con desesperación.

De pronto una voz imperiosa dominó la algarabía del jardín.

—¡Quietos, señores corsarios!

Fué como si todos se hubieran quedado paralizados. Se detuvieron, apartándose de Joao, en cuyo rostro descompuesto se leía la proximidad de una muerte que llegaba traída por cuarenta manos nervudas.

Isabel, pálida y con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba los semblantes atezados y duros de los aventureros.

Villegas avanzó lentamente hacia los dos jóvenes. Los corsarios se apartaron para dejar paso a su capitán, cuyos ojos parecían despedir llamas.

—¿Qué hacéis aquí?

El extremeño respondió:

—Hemos venido a colgar a ese perro traidor.

Diego contempló a los dos enamorados que tan indefensos parecían en medio de los aventureros del mar.

—Fué él quien alquiló a los asesinos que os atacaron anoche—añadió otro corsario.

La cólera del capitán desapareció como por ensalmo. Sus hombres habían venido a vengarle. Quisieron matar al mercader, porque creían que quiso asesinarle.

—Salid de aquí —dijo con voz menos dura.

De mala gana salieron los corsarios, lanzando miradas de odio a Joao. Sus pasos se perdieron en la casa. Entonces. Diego, se volvió al tuerto.

—Quédate en la puerta y no permitas que entre nadie —ordenó—. Luego, se volvió hacia los corsarios amigos de Fajeda—. Con vuestra cabeza me respondéis de este hombre hasta que yo regrese.

Se dirigió a su habitación, tomando la tizona, el chambergo y la capa. Después salió de la casa.

Pedro quedó un instante perplejo. No sabía hacia dónde iba a dirigirse su amo, pero no quería abandonarle. Se ciñó el cinto con la espada y se apresuró a seguirle. Los corsarios se habían detenido a pocos pasos de la casa, ocultándose a su jefe, que se alejaba con paso decidido.

—Esto es intolerable —exclamó el extremeño—. Vamos ahora a colgar a ese estúpido.

Se encaminaron hacia la vivienda y llamaron.

Desde detrás de la puerta respondió el tuerto:

—Marchaos, ¡cuernos del Diablo! Que me ha ordenado el capitán que no os deje entrar.

Los aventureros se alejaron nuevamente. El extremeño volvió a hablar:

—No podemos comprometerle y sin embargo es imprescindible que le matemos. Yo creo, señores, que debemos montar una guardia y que cuando salga de la casa le demos de colgar.

Aprobaron todos con entusiasmo esta idea.

—Pero somos pocos aun —añadió el corsario—. Si lo hacemos nosotros solos el capitán nos ahorcará. Es necesario que reunamos más gente para que don Diego renuncie al castigo.

Más de la mitad quedaron allí de guardia mientras los otros recorrían los mesones y las tabernas, reuniendo a todos los corsarios que en ellas se encontraban.

El furor de los aventureros fué indescriptible.

Se alzaron todos, proponiendo arrastrar a da Silva por las calles.

En grupos de feroz expresión, sombríos y amenazadores, los tripulantes de «El Antillano» se dirigieron hacia la casa del capitán.

Se estacionaron en las bocacalles con las pipas encendidas,

aguardando pacientemente a que saliera Joao.



BUFFALO BILL (WILLIAN CODY)

En las interminables planicies
de asimismo verde gris, suave, en
estrecho contacto con los indios y
la despiadada naturaleza, su tipo
de hombre al que agotan todas las
corrientes que entremezcan a los
Estados Unidos: BUFFALO BILL.
Acostumbrado a luchar en su
infancia contra los pechos rojos y
los bandidos, el habitante de las

llanuras es una leva principal en todas las guerras indias.

Un nombre famoso entre los amantes de las novelas de aventuras. Un nombre, en
suma, que no podía faltar en la colección

HOMBRES DEL OESTE

No deje de leer esta interesantísima novela.

CAPITULO XIII

CUENTA SALDADA

Villegas salió a la calle, dirigiéndose a la «Posada del Mar»). Sin ser visto Fajeda le siguió a algunos pasos de distancia.

Diego marchaba con paso decidido, manteniendo la espada bien sujeta por la empuñadura. Sus ojos semejaban dos aceradas puntas de puñal que se clavasen en todos los que con él se cruzaban, pero en sus labios bailaba una sonrisa de cínica alegría.

Entra en la posada y recorrió la sala con la vista. Los allí reunidos se sorprendieron de su aspecto y quedaron inmóviles, adivinando que el peligro se cernía sobre alguien.

Villegas quedó inmóvil junto al umbral.

Sus labios sonreían abiertamente y sus ojos, iluminados por una luz salvaje, parecían querer decir que el corsario se hallaba dominado por una alegría incontenible. Cualquiera que le conociera superficialmente hubiera creído que algo muy agradable le había ocurrido, pero los corsarios de su buque y los indeseables de la ciudad sabían con certeza que algo muy desagradable iba a ocurrirle a alguien. Muchos de los parroquianos, al ver al capitán, se estremecieron, pasando revista a sus actuaciones pasadas para cerciorarse de que nada habían hecho que pudiera atraerles la cólera de don Diego.

Villegas no se apresuró, paseando su mirada por la desagradable concurrencia del local.

Al fin sus ojos se detuvieron en un extremo de la sala donde un hombre bebía tranquilamente, Era Guillermo Van Troot.

El corsario se acercó a la mesa del flamenco. Todos se apresuraban a abrirle paso, sin esperar a que él lo pidiese.

Van Troot, al ver a Diego, abrió los ojos y estuvo a punto de lanzar un grito, pero se contuvo a tiempo y logró sonreír amistosamente.

—Buenos días, capitán.

—Buenos días.

Quedaron contemplándose un instante, y después, el flamenco invitó:

—¿Queréis compartir mi mesa, don Diego?

—Con sumo gusto.

Se sentaron los dos y Guillermo procuró dominar su inquietud.

—¿Alguna razón particular os trajo hasta aquí? —preguntó.

—En vuestra busca vine.

—Estoy a vuestra disposición.

Villegas sonrió con ironía.

—Encuentro pesada la atmósfera de este lugar y me gustaría dar un paseo por la ciudad. Acompañadme y hablaremos.

Van Troot se sobresaltó, pero creyó más oportuno acceder.

Se levantaron y salieron de la posada, marchando juntos y sin perderse de vista.

El criado de Van Troot salió de la taberna y procurando no ser visto, siguió a los dos hombres que marchaban por la calle.

El capitán y Guillermo, charlando de de cosas sin ningún interés, se alejaron del centro de Santo Domingo.

En su paseo llegaron hasta el convento de los frailes de San Francisco, lugar apartado y solitario donde no era fácil que nadie pudiera molestarles.

Villegas se detuvo y, fijando en Van Troot su mirada, dijo sin dejar de sonreír:

—Sois un canalla.

Se estremeció el otro, dando —un paso hacia atrás. Sus ojos reflejaban la furia que le consumía y su semblante se veía pálido a efectos del insulto.

—¿Me explicaréis a qué obedecen esas palabras, caballero?

Villegas no se inmutó.

—El que alquila unos espadachines para que asesinen a un hidalgo, en vez de batirse con él, es además de un canalla un cobarde.

Guillermo lanzó unas maldiciones en su lengua nativa. Diego siguió avanzando hacia él y en el mismo idioma dijo:

—Vos no sois flamenco, sino holandés.

Van Troot negó con, la cabeza, pero el corsario continuó:

—Cuando un hombre se encoleriza habla en su idioma materno. He servido en los tercios y no me podéis engañar. Uno de los espadachines a los que alquilasteis os ha delatado.

Guillermo sonrió con desprecio.

—Podéis entregarme a la justicia, pero más os hubiera valido quedaros en la ciudad.

—Me conocéis muy poco, si creéis tal cosa de mí. He venido con vos para mataros con mis propias manos. Nunca empleo a otras personas.

Sin aguardar más, Diego cruzó de una bofetada el semblante del holandés. Este se tambaleó cayendo hacia atrás. Se recobró al punto, temblando de cólera.

—Desenvainad la espada, que quiero ver el color de vuestra sangre. Yo pagué a los espadachines para que os mataran.

—No comprendo por qué lo hicisteis. Yo no ataco a los baques mercantes de Holanda.

Van Troot le miró con odio feroz.

—Fué un encargo de L'Olonais. Navego a sus órdenes.

Villegas asintió tranquila-mente.

—Ahora queda todo explicado.

Se despojaron ambos de los chambergos, de las capas y de los tahalíes, desenvainando las —tizonas.

Guillermo cargó, atacando con sus astucias de pirata. Pero el capitán presentó su cerrada guardia impidiéndole todo avance.

El sol relucía en un cielo sin nubes y arrancaba destellos de los grises muros del convento.

Los árboles agitaban sus veréis ramas impulsados por una fresca brisa.

Unos campesinos que pasaban por un camino cercano se detuvieron un instante para ver cómo se; batían los dos adversarios.

Una rápida estocada dirigida a sus ojos, la paró Villegas, atacando entonces al bucanero. Tan sólo se oía en el silencio del bosque el chocar de las armas y la jadeante respiración de los luchadores.

Van Troot, pálido y desencajado, retrocedía, procurando desviar la punta de aquel acero que no cesaba de amenazarle, como si se tratase de una serpiente de fuego. El odio se reflejaba en sus ojos, no dejándole espacio para oíros pensamientos.

El criado del filibustero —siguió a su amo y al corsario a través de toda la ciudad. Procuró que no le descubriesen, ya que era el único medio de poder ayudar a Van Troot,

Al llegar ante él convento, se ocultó entre la espesura, mientras Guillermo y Villegas charlaban a lo lejos. No podía oír lo que decían pero de pronto vio cómo Diego golpeaba al bucanero.

Sacaron las espadas y se enzarzaron en un duelo feroz y sanguinario.

El criado quedó indeciso. Su única salvación era lograr que no muriese su amo, ya que de otro modo se encontraría irremisible-mente perdido en aquella ciudad donde los filibusteros eran ahorcados con suma sencillez.

Podía ayudar a Van Troot, ya que Villegas ignoraba su presencia en aquel lugar.

Sacó una pistola del bolsillo y apuntó hacia los esgrimistas. Pero el capitán español no se colocaba de modo que el criado pudiera enviarle una bala sin peligro de matar a su amo.

De improviso, Villegas comenzó a atacar. Ante los ojos del bucanero se alzaban las anchas espaldas del corsario que esgrimía con furia.

El criado alzó la pistola y apuntó. Nada podía salvar al aventurero. La bala que se alojaría entre sus hombros inmovilizaría al galeón que impedía los buenos negocios de los bucaneros.

Iba a oprimir el gatillo, cuando una mano nerviosa le aferró la muñeca armada, desviando la pistola, al tiempo que un brazo de hierro pasó por su garganta atenazándole en un mortal abrazo que parecía un cepo.

El criado se debatió con desesperación. El aire comenzaba a faltarle y se le nublaba la vista.

El abrazo de acero se estrechó cada vez más hasta que el criado se convirtió, en una piltrafa de carne que carecía de fuerza.

Fajeda, pues de él se trataba, dejó caer al filibustero. Ni siquiera se preocupó de comprobar si en efecto había muerto su víctima, De sobras sabía que sus brazos traían la muerte cuando se lo proponía.

Pedro siguió a su amo hasta la «Posada del Mar» y al verle salir en compañía de Van Troot continuó su vigilancia, procurando pasar inadvertido. De este modo descubrió —al; criado y le estuvo observando mientras se ocultaba entre los árboles y pudo intervenir a tiempo de salvar a su capitán.

Con toda tranquilidad, el escudero se apoyó en un árbol, aguardando a que Villegas diera cuenta de Van Troot. Ignoraba a qué venía el desafío, pero suponía que sin alguna razón Villegas no se batiría.

Villegas, ajeno a lo que ocurría a su espalda, continuó acosando a Van Troot.

Su puño de hierro esgrimía la tizona con una increíble rapidez.

Guillermo se defendía con todas las artimañas aprendidas en su larga y azarosa vida de bucanero.

Tiró a Diego una estocada baja que éste paró en primera, respondiendo con un golpe que alcanzó en el hombro al holandés.

Los blancos dientes del capitán resplandecían bajo el negro bigote, al sonreír alborozado por la pelea. Sus ojos negros despedían chispas y el acero amenazaba continuamente a su rival.

Guillermo se lanzó a fondo, apuntando al corazón de su enemigo, pero éste colocó la tizona en cuarta, haciendo un molinete a continuación, del que tan sólo se salvó Van Troot gracias a su agilidad.

Nuevamente se enfrentaron ambos adversarios. El bucanero dirigió una finta al rostro del capitán y cuando éste alzó la tizona dirigió una estocada al bajo vientre. Era ésta una treta que, debido a la rapidez de sus movimientos, jamás le había fallado. Pero tampoco se había enfrentado nunca con un esgrimista de la talla de Villegas. Su acero descendió con asombrosa celeridad, llameando al ser herido por el sol, y apartó la hoja enemiga.

El bucanero perdió el equilibrio y cayó al suelo. Estaba indefenso ante aquel luchador sin igual. Quedó tendido en tierra, contemplando a su adversario, como un áspid que se dispusiera a atacar.

El español sonrió, adivinando sus pensamientos.

—Levántate y lucha, maldito filibustero.

Van Troot no parecía dispuesto a hacerlo. Quedó inmóvil sin apartar los ojos del capitán. De improviso se puso en pie de un salto, lanzándose a fondo. El corsario interpuso su acero, desviando la tizona enemiga, pero ambas espadas quedaron unidas por las cazoletas.

Por un instante quedaron frétate a frente los dos enemigos, mirándose a los ojos.

—Ya no podrás navegar más —le dijo Van Troot—. Te atravesaré de parte a parte y llevaré la tizona a L'Olónais. Quiere con ella...

Cortó su discurso para saltar a un lado. Villegas, al perder el apoyo de su enemigo, cayó al suelo. Se maldijo por haberse dejado engañar por aquella artimaña tan vulgar.

El filibustero se lanzó sobre su enemigo, sin darle tiempo a que se levantara. El español, desde el suelo, comenzó a parar los golpes que le dirigía Van Troot.

Con saña, el filibustero atacaba al capitán, quien lentamente fué poniéndose en pie. Una fría cólera dominaba a Villegas. Quería concluir pronto aquel desafío.

De pronto su tizona rasgó la mejilla de su rival. Guillermo palideció, pues todos, sabían lo que significaba este golpe. Pero no logró serenarse. La espada del capitán se le clavó en la garganta.

Mientras Van Troot se retorció en los horrores de la agonía. Villegas secó la espada con la capa del bucanero.

A su espalda oyó una voz alegre:

—¡Buen trabajo, capitán!

Se volvió el corsario para; enfrentarse con Fajeda, que avanzaba trayendo la capa, el tahalí y el chambergo de Diego.

—¿Qué haces aquí, Pedro?

—El criado de ese filibustero quería disparar sobre vuesa merced, pero yo se lo impedí. Creo que he enviado un nuevo pecador a los infiernos.

—No oí ruido de ninguna clase.

—Vi que quería disparar sobre vos y le maté sin ruido, ya que una distracción es fatal en un duelo.

Villegas dio una palmada en el hombro del escudero.

—Eres un fiel soldado, Pedro. Ve ahora en busca de don Martín, el piloto, y del alférez Lerma, y ordénales en mi nombre que el buque debe estar dispuesto a partir para esta tarde. —Los ojos del corsario llamaron de furia.— Nos haremos a la mar y no hemos de regresar hasta haber capturado a la Máscara o a L'Olónais. Ya nada nos retiene en Santo Domingo.

Pedro partió a transmitir la orden y Diego, enfundando la espada, se dirigió de nuevo a su hogar.

Había ya vengado el asalto de la noche anterior. Pero aun

quedaba una cosa por resolver. Debía dar solución al caso de Isabel.



JESSE JAMES

Los representantes de la Ley de diez Estados norteamericanos persiguieron durante veinte años al más famoso de los bandidos del Oeste. Sin embargo el Destino había dispuesto que no fueran las armas de la Ley, sino

las de la traición las que al fin terminaron con el famoso proscrito, cuyos llamantes revólveres trazaron una senda de crímenes y de horror por todo el extenso mapa de los Estados Unidos.

Lea usted esta apasionante novela, escrita por el autor de «EL COYOTE» y publicada en el volumen n.º 22 de la colección

HOMBRES DEL OESTE

CAPITULO XIV

UN CUMPLIDO CABALLERO

Villegas cruzó la calle que conducía hasta su casa. Con gran sorpresa por su parte encontró a sus aventureros que formaban grupos, charlando o fumando sus pipas en silencio. Algunos jugaban a los dados distraídamente.

El capitán marchó entre ellos sin comprender qué hacían allí. Los aventureros saludaban ceremoniosamente a su jefe. Observó Diego que todos iban armados como si esperasen algún combate.

Llegó por fin ante su casa y llamó a la puerta. Desde el interior gritó la voz del tuerto:

—Os he dicho muchas veces que no os dejaré entrar. Lo ha ordenado el capitán.

Entonces creyó comprender Villegas para qué se había reunido allí su gente.

Llamó de nuevo a la puerta al tiempo que decía:

—Abre, soy el capitán.

Se oyó chirriar la llave y la manecilla, giró sobre sus goznes, entreabriéndose en una rendija que permitió ver la cara del tuerto y una pistola con la que apuntaba a Villegas. Al reconocer al corsario le franqueó la entrada.

—Quise cerciorarme de que no me engañaban —se excusó.

Antes de entrar en el edificio, Diego dirigió una mirada a sus hombres, que simulaban no haberse dado cuenta de lo que ocurría, Nuevamente se cerró la puerta de la calle.

—¿Qué hacen ahí esos bellacos? —preguntó el capitán.

El tuerto torció el gesto, como si le doliera contestar.

—¡Respóndeme!

Obedeció de mala gana el corsario:

—Dijeron que querían colgar a ese mercader. Como les recordé que vuesa merced me había ordenado que nadie pasara, se abstuvieron de entrar para no comprometerme. El extremeño aseguró que no tenían prisa y que aguardarían hasta echar las uñas sobre el comerciante. Me informaron de que iban armados y que si pedíamos ayuda al gobernador correría la sangre.

La cólera nubló la cabeza de Villegas.

—Yo enseñaré a esos canallas desobedecerme. ¿Qué parte les toca en este asunto?

Se irguió ofendido el tuerto:

—Señor capitán, las ofensas inferidas a vuesa merced nos duelen

a todos como cosa propia.

Diego calló, emocionado por aquella prueba de lealtad.

Sin añadir palabra se encaminó al jardín. En él se veía a Menergas al otro corsario y a Alonso, este último medio muerto de miedo. En otro extremo, muy juntos, permanecían Isabel y Joao.

El corsario fijó su mirada dura sobre los dos enamorados. Bajo aquellos ojos negros, agudos como puñales, da Silva abatió la cabeza y la muchacha palideció.

* * *

Fajeda se acercó al piloto y al alférez, que bebían tranquila-mente en un mesón. Pérez de Lerma charlaba con la moza que les había servido. La joven reía ante las ocurrencias del antiguo estudiante y el vasco hacía coro con sus risotadas.

—Buenos días nos dé Dios, caballeros —saludó Pedro.

Los dos oficiales le respondieron con amistosas palabras.

—Me ordena el capitán que les diga que dispongan el galeón para hacernos a la miar enseguida.

Ohando se puso en pie.

—Vamos, Juan. Hay que obedecer a los superiores, pero que me convierta en turco si sé cómo vamos a reunir a la tripulación. Nadie sería capaz de adivinar en qué lugares se encuentra.

Pérez de Lerma se atusó el bigote y al poco dijo:

—Me parece que he encontrado el modo de reunir a la gente. A Dios gracias, Leyden y Azogue se encuentran a bordo junto con la guardia. El pífano y el tambor no han desembarcado hoy. Vamos.

Los tres se encaminaron hacia «El Antillano». Por el camino buscaron con la mirada a los corsarios, pero no encontraron a ninguno. Todos se habían reunido ante la vivienda del capitán.

Una vez a bordo, Ohando dio algunas órdenes para comenzar la maniobra, mientras el alférez envió a tierra al pífano y al tambor junto con Leyden.

Marchaban los dos músicos, tocando llamada, y detrás iba el sargento con la bandera apoyada al hombro. De este modo comenzaron a recorrer la ciudad.

* * *

Isabel examinó con atención el sombrío semblante de Villegas. Se acercó a él con toda la audacia que aquella desesperada situación le proporcionaba.

—Diego —comenzó a decir— .. Sé que te he herido, que te he causado daño porque me quieres.

El corsario se estremeció, pero no dijo nada. Envalentonada, la muchacha continuó:

—Precisamente porque sabes lo que es el amor te pido que me concedas una gracia. —Calló, para dominar la excitación que la embargaba. Su semblante se veía cubierto por una intensa palidez. Los ojos agrandados por el dolor se hallaban cubiertos de lágrimas. Su pecho se alzaba respirando con dificultad. Se dijo el aventurero que nunca la había visto tan bonita. La joven continuó hablando:— Salva la vida de Joao. Seré tu esclava. Jamás me apartaré de ti. No oirás de mis labios más que bendiciones. Nunca podrás decir que me quejo. Estoy dispuesta a seguirte en tu buque. Pero salva a Joao. Sé para qué esperan tus hombres ante la puerta,

Da Silva dio un paso al frente. El también estaba pálido y desencajado.

—Capitán —gritó—. No le haga caso. Mi vida carece de importancia. Lo único que efectivamente vale algo es la felicidad de Isabel. Entregúeme a sus hombres. Que hagan lo que gusten conmigo. Da lo mismo morir ahorcado o en medio de tormentos. Si lo prefiere, déme un arma y lucharemos, aunque jamás manejé una espada. Pero concédale la libertad a Isabel. Déjela que marche a Cuba, y desde allí pueda ir a Lisboa, donde mis padres le acogerán como a una hija.

Villegas nada dijo, examinando a los dos enamorados a quienes su amor lanzaba al sacrificio para salvar a la persona amada. El corsario sonrió con burla.

—Venid conmigo.

Se miraron los dos jóvenes y luego se apresuraron a seguir al aventurero.

En silencio les guió a través del corredor. Isabel y Joao se preguntaban qué propósitos animarían al corsario. La muchacha sentía que un miedo instintivo le oprimía el corazón, pero prefería estar junto a da Silva.

Llegaron ante la puerta y Diego le ordenó al tuerto:

—Abre.

Obedeció el marinero y desde el interior de la casa vieron cómo los aventureros del mar fijaban sus ojos despiadados en la puerta.

Los que se encontraban más cerca se dieron cuenta de que se trataba del mercader y de la dama del capitán. Se iluminaron sus semblantes y por señas indicaron a los demás de quiénes salían.

No se movieron, pero sus músculos quedaron en tensión y acariciaron las empuñaduras de sus armas. Semejaban fieras que fueran a lanzarse sobre dos cervatillos.

Isabel ahogó un grito de horror. Joao palideció más aún. Ambos se volvieron hacia el capitán. Este les señaló la calle.

Comprendieron los jóvenes. Quedaban en libertad, pero debían

desafiar a los hombres más duros de un mundo cruel, a los aventureros del mar.

Sus ojos se encontraron. Los de la muchacha desmesuradamente abiertos, reflejando el terror que la dominaba. Los del mercader aparentando una serenidad que no sentía, procuraron animarla. En sus labios flotó una débil sonrisa.

Instintivamente, Isabel se acercó a su amante y deslizó la mano entre las suyas. Muy juntos salieron de la casa.

Desde el umbral, Villegas contempló cómo los dos jóvenes avanzaban por la calzada.

Los corsarios no advirtieron la presencia de su capitán y adelantaron, rodeando a sus víctimas. Los feroces aventureros del mar, acariciando las armas, fueron avanzando en silencio hacia los dos jóvenes, que permanecían con las manos enlazadas, sin más defensa que su amor.

En los ojos de Diego brilló una luz de admiración, y, siguiendo un impulso, salió del edificio.

Los dos jóvenes veían cómo —los temibles corsarios avanzaban hacia ellos, acariciando los aceros y las pistolas bajo los que tantos bucaneros habían caído. No se apresuraban, sino que lentamente se disponían a rodear a los enamorados para acuchillarles.

Con terror veían los jóvenes cómo la turba de morenos aventureros les rodeaban. De un momento a otro desenfundarían las armas y entonces...

De pronto, sin que pudieran comprender por qué razón, los corsarios retrocedieron abriéndoles paso. A su lado se encontraba don Diego de Villegas, cuya sola presencia era una garantía. Con un ademán les indicó a los jóvenes que siguieran adelante, y comenzó a andar hacia el puerto.

Cuando hubieron desaparecido de la calle, el pífano y el tambor, precediendo a la bandera, reunió a los aventureros del mar, guiándoles hacia el galeón.

Villegas y los dos enamorados llegaron ante una nave anclada en uno de los muelles.

Diego indicó la embarcación con un ademán.

—Este buque os conducirá a Cuba. Desde allí no resultará difícil marchar a Lisboa —sonrió el corsario, y agregó—: Por mi ánima que si no hubierais demostrado tanto valor ante mis hombres, yo mismo os hubiera descerrajado un tiro.

Quedaron silenciosos los jóvenes. No esperaban aquel fin a sus amores. Joao miró al corsario y murmuró:

—Gracias.

Luego, tomando de la mano a la muchacha, que se sentía incapaz de hablar, subió por la escalerilla hasta llegar a la cubierta del buque.

Isabel se detuvo para dirigir una última mirada a aquel moreno corsario, que permanecía en el muelle con la mano izquierda, en la empuñadura de la tizona, indomable, grande y audaz.

Ella sabía muy bien hasta qué punto la amaba. Se sacrificó para que fuera feliz. Por dos veces debía sentirse agradecida, pues le debía el honor y la felicidad.

Con la mano le envió un saludo, que era el último adiós.

Y Diego de Villegas, que era un cumplido caballero, barrió el muelle con las plumas de su chambergo.



Créditos

Autor: J. León
Ilustraciones: Francisco Batet
Editorial Cliper, 1949
Colección El Corsario Azul

Maquetado a partir de una aportación de *danielus* en ExVagos
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

¹ La Española fué descubierta por Colón y es en, la actualidad la isla de Santo Domingo, dividida entre las repúblicas Dominicana y Haití.

² Tipo de fusil.

³ Choza típica de las Antillas construida de ramas y de hierba

⁴ Bandoleros de los Montes de Cataluña que se convirtieron en soldados, haciéndose famosos por su valor y su ferocidad.

⁵ Marinos aventureros del Mediterráneo, que luchaban contra los piratas musulmanes.

⁶ Pedro el Grande, en francés.

⁷ Francisco el Olonés.

⁸ Más tarde se convirtió en el gobernador de Jamaica, dedicándose a perseguir a sus antiguos compañeros.

⁹ Alonso de Contreras, uno de los aventureros españoles del siglo XVII de vida, más accidentada y novelesca.

¹⁰ Caballería ligera alemana.

¹¹ Arcabuceros alemanes

¹² Coraza ligera de los piqueros.

¹³ Grito de guerra de los antiguos almogávares

¹⁴ Venganza, en inglés.

¹⁵ Hasta el siglo XVII, América m llamó Indias Occidentales.

¹⁶ Los españoles nacidos en las colonias de América.

¹⁷ Canciones marineras de los «levantes»

¹⁸ Placas de tocino semejante a chalecos blancos.